

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Etc.

DIRECTOR-PROPIETARIO: PEDRO PRADO

Año I

Santiago de Chile, Noviembre de 1910

Núm. 1

## SUMARIO:

ENRIQUE MOLINA . . . . .	Las Crisis de la Moral . . . . .	2
MANUEL MACHADO . . . . .	El Alba.—Cancion del presente . . . . .	14
CARLOS VALERDI . . . . .	La República en Portugal i España. . . . .	17
FERNANDO SANTIVAN. . . . .	Aves viajeras (cuento) . . . . .	21
E. GARCIA GUERRERO . . . . .	Antropología criminal i derecho penal. . . . .	31
PEDRO PRADO . . . . .	El Estranjero (poema) . . . . .	46
ADOLFO POSADA . . . . .	Las Escuelas del Bosque . . . . .	48
M. MAGALLANES MOURE . . . . .	Maese Salomon (poema). . . . .	54
GUSTAVO LE BON . . . . .	La psicología política i Las persecuciones re- lijiosas . . . . .	64
CHRISTIAN BRINTON . . . . .	Ignacio Zuloaga . . . . .	73
SANTIAGO RUSIÑOL . . . . .	» » . . . . .	74
VITTORIO PICA . . . . .	» » . . . . .	76
ERNESTO A. GUZMAN. . . . .	«Por los caminos» (crítica).. . . . .	78
	Bibliografía. . . . .	81

**Suscripcion anual:**  
**5 pesos**



**Precio:**  
**50 centavos**

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA UNIVERSITARIA

— 130—Bandera—130 —

1910



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION VERGARÁ 624—SANTIAGO DE CHILE

## “Revista Contemporánea”



En nuestro país i en nuestro tiempo es imposible que una revista séria pueda mantenerse desde su primer año de vida con la sola ayuda del público.

Así han debido de ceder ante el invencible factor económico tantos entusiastas esfuerzos, siendo los últimos *Panthesis* i la *Revista Nacional* del malogrado Luis Ross.

Pues bien, este obstáculo no puede presentarse a la REVISTA CONTEMPORÁNEA porque cuenta con una base sólida que le permitirá, en un tiempo mas o ménos cercano, ganarse la acogida del público estudioso.

¿I nuestro plan? Es demasiado vasto para especificarlo. Todo el tiende, principalmente hácia dos objetivos: proporcionar un órgano libre a todos los intelectuales chilenos i a contrarrestar en algo el ambiente frívolo creado por otras publicaciones.

Ajenos a todo sectarismo, nos haremos un deber en publicar en estas mismas páginas cuantas observaciones concientes se nos envíe, que discutan ideas espuestas en artículos aparecidos con anterioridad. Pedimos, sí, que todo trabajo venga firmado i que trate las cuestiones escluyendo ataques personales.



De ENRIQUE MOLINA

## Las Crísis de la Moral

---

### I

#### Crísis morales, individuales i sociales.—Crísis de creencias i de costumbres

La evolucion de la moral presenta un carácter que se repite sin cesar: el de la disolucion de las costumbres. Las costumbres no *perduran* invariables: se relajan, pierden algo de su contenido anterior, agregan nuevos modos de ser.

A las épocas en que se verifican estos inevitables procesos de disolucion, las llaman los hombres épocas de crisis moral. La crisis es rara vez total; ya son las virtudes matrimoniales las que sufren hondo quebranto, ya la honradez cívica i privada, ya el amor a la patria, ya las creencias relijiosas. Cuando las fuerzas desquiciadoras son mui poderosas, como grandes revoluciones i guerras largas i sangrientas, se debilita la práctica no sólo de una que otra virtud, sino que bambolea todo el edificio moral.

Tener la pretension de discurrir de una manera acabada sobre la crisis moral o las crisis morales, seria aspirar a la ejecucion de una obra semejante a la de un erudito i pacienzudo monje medioeval, que haya detallado en vastos cronicones la historia del mundo desde los primeros hombres hasta su época. Porque, ¿cuándo no ha estado la humanidad en crisis moral i qué individuo no ha pasado por períodos de crisis morales?

Podemos distinguir crisis morales individuales i sociales. El estudio de las crisis morales sociales es susceptible de estenderse por la vida entera de nuestra especie considerada en conjunto. Las guerras, las revoluciones, la tiranía, el surjimiento i caida de las relijiones, el pauperismo, la esclavitud, la desigualdad de clases i la esplotacion de las sometidas por las privilegiadas, son otras tantas causas de crisis morales. I estos dolores forman jeneralmente los hilos con que se teje la urdimbre de la historia toda.

¿I qué decir de las crisis individuales? Desde luego, es claro que las crisis sociales son la suma de las crisis individuales i algo mas que les comunica el hecho de su publicidad i jeneralidad. Es un no sé qué algo confuso i alambicado; pero no por esto ménos cierto. Cabe afirmar que no habrá vida de un individuo que no haya pasado a la historia, que no esté

llena de horas de desaliento, duda, incertidumbre, mortal abandono, tentaciones inmorales e impulsos criminosos. Las crónicas de los delitos lo atestiguan así. La poesía en jeneral, la novela i la tragedia en particular, se nutren de ese fondo inagotable e insaciable de las pasiones en eterno movimiento. Las biografías de muchos hombres célebres, aunque pocas veces escritas con minuciosa sinceridad i sin el propósito de enaltecer la figura del héroe, rebosan de crímenes, immoralidades e injusticias. El hombre que gusta de imaginarse el porvenir siempre embellecido, en lo que no peca ni venialmente, procede de igual suerte con el pasado i lo embellece tambien, borrando jenerosamente todos los defectos de las individualidades i colectividades a que tributa su amor i admiracion. Por esta razon quedan para nosotros desconocidas muchas menguas i debilidades de otros tiempos i juzgamos a la edad en que vivimos con ménos justicia de la que merece. Nos induce igualmente a formarnos imájenes erróneas del pasado, la debilidad de la memoria humana que nos obliga a jeneralizar superficialmente i a formar ciclos de acontecimientos a que ponemos un marbete simple i uniforme, pasando a ser para nosotros o totalmente santos o totalmente corrompidos, o progresistas o retrógrados. Despues de catalogados así los hechos no diferenciamos nada mas en ellos i basta que se hable del Renacimiento para que celebremos su amor al arte o que se nombre el Bajo Imperio Romano, para que con voces indignadas fustiguemos su corrupcion.

Por lo mismo no es fácil fijar el contenido exacto de la espresion *crisis moral* ni tampoco establecer las condiciones que autorizan a una época para juzgar a otra como inmoral. No seria científico, ni lójico, ni adecuado al concepto de la evolucion social, afirmar que los antiguos masajetas, habitantes del norte del Iran, eran inmorales porque mataban a los ancianos de sus tribus i se los comian guisados con cordero, ni que los espartanos lo eran porque asesinaban a sus hijos raquítics, ni que tal estigma mereciesen los fenicios porque sus doncellas se prostituían en sus templos para ofrecer a sus dioses las primicias i las utilidades de su virjinidad sacrificada. La determinacion de las costumbres de una edad cualquiera por los hechos sociales anteriores, por las múltiples influencias de la herencia social es tan inevitable que, mirado aquello a la distancia, no se puede tildar de inmoral, lo que sólo es la consecuencia precisa de antecedentes inflexibles.

Pero con mas fundamento se puede hablar de la existencia de tal crisis, cuando se hace referencia a pueblos o civilizaciones determinados,—como ser el pueblo ingles, el pueblo frances, los pueblos latinos, la civilizacion occidental,—que en un tiempo dado se hallen en un estado de retroceso o disolucion de sus costumbres i creencias, respecto de la situacion en que se encontraban en otro tiempo anterior.

Así se ha repetido que el siglo XIX ha sido una era de crisis moral para las naciones occidentales.

Enrique de Saint-Simon, el socialista romántico i uno de los mesías del positivismo, afirmaba, a principios del siglo, la existencia de esa crisis i de ella desprendía una de las concepciones nuevas que proyectaba como necesarias al órden social.

Para él, el reinado de la teolojía habia concluído i seria una locura continuar fundando la moral sobre prejuicios, de los cuales, la sátira que los ridiculiza da buena cuenta todos los dias. La filosofía del siglo XVIII, segun Saint-Simon, habia terminado su obra de crítica i de destruccion; el poder espiritual de la Iglesia estaba arruinado, i el temporal de los reyes, carcomido: era menester apresurarse a organizar un nuevo réjimen, i Saint Simon se creia señalado por el destino para ser el ajente de la reorganizacion moral, para edificar un nuevo poder espiritual sobre las ruinas del antiguo.

Centenares de voces se han levantado en el mismo sentido en el transcurso de la centuria para lamentar la crisis e imaginar las nuevas bases i las nuevas formas de las doctrinas éticas del porvenir.

Se entiende que no merecen nuestra atencion las declamaciones,—que sólo nombramos para olvidarlas de una vez,—de los histriones mundanos que en plazas, clubs i congresos, periódicos i púlpitos, vociferan contra la relajacion de las costumbres, i aprovechan las flaquezas de los demas para justificar ante su propia conciencia i ante los otros, las flaquezas i corrupciones en que ellos mismos incurren. No de otra manera se disculpa el que por capricho o vanidad engaña i deshonra a una doncella, pensando que, si no lo hubiera hecho él, lo habria llevado a cabo cualquier tenorio despues de él. El político que falsifica elecciones para ocupar magistraturas que no le corresponden i miente para mantenerse en ellas; el abogado que despoja a una viuda de su pequeño haber o roba a un menor o a un pazguato inocente su escasa fortuna; el hipócrita de ánimo débil que, contra las voces de su razon i de su conciencia, practica las jenuflexiones del fanatismo vulgar o de buen tono: estos i muchos mas padecen de tales inmoralidades o de otras de diversos jéneros, porque los demas adolecen de ellas. Los hombres forman así una especie de jigantesco círculo vicioso en que las culpas de cada cual se apoyan en las de su vecino i tratan como de defenderse con ellas.

\* \* \*

Para mayor claridad, conviene que hagamos una nueva distincion.

Es posible distinguir *la crisis de creencias i la crisis de costumbres*: es decir, la falta de ideas relijiosas i morales que merezcan una aceptacion

uniforme de parte de la comunidad, i la falta de buenas prácticas morales, de buenas costumbres.

Es indudable que la humanidad, por lo ménos desde el siglo XVIII está en crisis de creencias.

Como se ha dicho, el cristianismo no se ha sustraído a la lei jeneral de la evolucion de las relijiones. El sentimiento relijioso i la idea relijiosa revisten nuevas formas, a medida que la mente va descubriendo lo inadecuado de las antiguas.

Con el renacimiento intelectual empiezan las ciencias, desde el siglo XVI, a minar de una manera incesante e irreparable los cimientos de las doctrinas tradicionales.

La tierra ya no es el centro del mundo, inmóvil bajo la bóveda celeste, tachonada de estrellas fijas; i el hombre no es ya un sér aparte, rei de la creacion, modelado con arcilla por un escultor divino i sometido a las reglas que su deidad omnipotente le impuso i que para su bien le reveló oportunamente a fin de que en esta vida se preparase i padeciera resignado, porque mas allá de la tumba le esperaba una dicha eterna e infable.

Ya el hombre piensa que tiene un oríjen mas humilde, que «segun muchas probabilidades» proviene de la transformacion de especies animales inferiores; pero del conocimiento mismo de su ascendencia deriva su confianza en un destino superior i llega a concebir la posibilidad de hombres mejores, que sean el producto de la evolucion del hombre actual.

Entre tanto, rotas las tablas de la revelacion, apolillados los lazos del dogma i desvanecido el tranquilizador i resignado ensueño de ultratumba, que era un sedativo para las almas inquietas i atormentadas por el dolor, se ha hallado la humanidad de repente algo abismada al contemplar su nueva situacion. No se familiariza la jeneralidad de los hombres con la idea de que de la accion de la especie humana sólo depende su propia suerte i de que la humanidad debe sólo trabajar para si misma, impulsando el *devenir* continuo, que va impidiendo que esta tierra sea considerada como un valle de lágrimas, transitoria residencia del hombre i que debe ir haciendo de ella un valle de rosas, mansion perdurable de la forma mas perfecta de la vida en este rincon del universo.

## II

**Exámen de la crisis de creencias.—Opiniones de Bayle, Fourier, Stendhal, Gobineau, Barrés, Levy Brühl, Small i Ward. La moral de la ironía de Paulhan i el pragmatismo.—El inmoralismo de Stirner i Nietzsche**

Esta crisis de creencias morales del siglo XIX presenta mui variados aspectos.

Algunos pensadores han sostenido que la influencia de la moral es mui débil o casi nula.

El padre del inmoralismo entendido en este primer sentido, es el filósofo frances Bayle que, desde 1862, sostuvo la tesis de que la moral sólo ejerce una influencia insignificante sobre la conducta del individuo, quien hace siempre, al fin de cuentas, lo que su temperamento le ordena (1).

Fourier no hace tampoco mucho caso de la moral; sostiene que los vicios son nuestros únicos móviles i que es imposible enfrenarlos. La moral, dice, se engaña burdamente si cree tener algun valor por si sola; en el mecanismo social es con toda evidencia supérflua e impotente.

Stendhal despreciaba a la moral. En *Rojo i Negro* i en sus demas novelas, sus héroes obran siempre movidos por su temperamento. En todos sus libros corre como tema fundamental lo que se ha llamado el *beylismo* o teoría de la virtud considerada como timidez. Stendhal no pierde ocasion de ridiculizar a la moral i a los pobres medios que emplea para convertir a las almas.

En su filosofía de la historia, fundada sobre la idea de raza, el conde de Gobineau menosprecia singularmente el papel histórico de las religiones i de las morales. Combate contra aquella fe, tan vieja como el mundo, que consiste en creer que los pueblos no tengan otro fin que realizar ideas morales. En su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas* no concede a las diversas morales, religiones i dogmatismos sociales, mas que una influencia insignificante en el mantenimiento de las instituciones. Sostiene ahí que el fanatismo, el lujo, las malas costumbres i la irreligion no traen necesariamente consigo la caída de las sociedades; que el cristianismo no ha creado ni transformado la aptitud civilizadora. La intelijencia i la voluntad varían segun las razas i el valor de la educacion es siempre infinitesimal.

M. Maurice Barrés, en su novela *El Jardin de Berenice*, opone a la moral *libresca*, escolar i pseudo-científica, representada por el ingeniero

---

(1) Citado por G. Palante. Deux types d' immoralisme. Revue philosophique. Mars. 1908.

Cárlos Martín, el instinto seguro, delicado i encantador de Berenice. La tésis de M. Barrès no consiste en rechazar la moral racional por funesta, sino mas bien en mostrarla vana e impotente para modificar el sentido profundo de nuestro instinto.

Los sociólogos conceden jeneralmente mui poca importancia a la moral. Lery Brühl afirma que las reglas de conducta las señalan sólo las costumbres. Albion W. Small (1), ocupándose de la actual crisis moral, dice que no habrá normas morales por todos reconocidas hasta que exista una sociología jeneralmente aceptada. «La sociedad está moralmente en bancarrota, dice Small. Nuestro capital ético consiste en una coleccion heterojénea de moralidades provinciales, que obran juntas con aquel grado de pobre éxito que observamos en la conducta social. Por medio de ellas la sociedad se mantiene en movimiento no obstante el enorme despilfarro que resulta de los choques de los individuos, choques que retardan el progreso. No disponemos de una regla ética universal a que una clase pueda apelar en contra de otra clase i de un veredicto que el litigante vencido se sienta obligado a aceptar. Por ejemplo, todos tenemos los conceptos de «justo» e «injusto». La mayoría de nosotros creemos,—hasta que la sociedad vea razones para modificarlo,—que lo mandado por la lei civil es justo i lo que ella prohíbe es injusto. Pero una minoría de nosotros no admite ni siquiera esto. Estamos así de buenas a primeras, divididos en la clase que rechaza i la que acepta los preceptos jenerales de la lei. En un extremo de la segunda clase se encuentra la conocida especie de los infractores de la lei; ahora, esta ala izquierda del grupo menor de la sociedad tiene su ética que le es propia, sus peculiares principios de lo justo i de lo injusto. Es lícito ocultar de los ajentes de la justicia a un compañero criminal. Si atisbamos las ideas morales que guian nuestra conducta, hallaremos confusion no sólo en las normas de diferentes hombres, sino en las de un mismo individuo, que dispone de un *standard* para sus negocios, de otro para su política, de otro para sus diversiones i de otro para su relijion. Esta proposicion no quiere decir que los hombres sean conscientes e intencionalmente hipócritas, sino que si nos interrogáramos a nosotros mismos con preguntas socráticas, encontraríamos que nuestros propósitos no son moralmente concéntricos i que constantemente referimos cierta parte de nuestra conducta a una clase de principios, miéntras que otra parte obedece entre tanto a principios que no forman un sistema con los anteriores. Todos sabemos que existe un código de ética profesional para los abogados, otro para los médicos, otro para los editores, uno para los patrones i otro para los empleados, uno para los profesores i otro para los ministros. La sociedad se halla dividida en grupos mas o ménos visibles, cada uno

---

(1) The Significance of Sociology for Ethics.

de los cuales tiene su propia tradicion reguladora. Estos códigos tradicionales implican una variedad infinita de presunciones éticas reconocidas o no reconocidas, entre las cuales no sólo no hai correspondencia, sino a menudo contradicciones flagrantes. Cada idea opuesta en un conflicto moral no es mas que el portavoz de cierta filosofía de la vida mas o menos desarrollada, de una sociología mas o menos completa. No podrá haber acuerdo sobre estos *standards* morales hasta que no haya unidad de concepto sobre la manera de considerar la vida, que es lo que presta a la moralidad sus sanciones.» (2)

En igual sentido, aunque con mayor enerjía de lenguaje, se espresa Mr. Lester F. Ward. Mr. Ward ocupa un lugar tambien entre los que creen que la moral es no solo inútil, sino perjudicial. De este grupo nos vamos a ocupar mas adelante. «Si alguien, dice Mr. Ward, se propusiese escribir un libro que por su título pareciese encaminado a establecer el valor de las maquinarias i su utilidad para la civilizacion, i luego se limitara esclusivamente a tratar del roce o frotamiento, insistiera en la necesidad de reducirlo al minimum, describiese con tal objeto las mejores especies de ejes i tratase profundamente el asunto de los aceites lubricantes,—se encontraria en el caso de todos los escritores que se han ocupado de la accion humana o social. En este respecto, se han ignorado las mas importantes cuestiones que se relacionan con ella i pueden atraer la atencion del hombre, sus leyes, principios i métodos i sus resultados sustanciales, miéntras que se han escrito miles de volúmenes sobre los choques i conflictos que ella enjendra, i la mejor manera de suavizarlos. Este insignificante campo de investigacion ha sido dignificado con el resonante nombre de «ética» i, a veces, con el aun mas grandilocuente de «ciencia moral». Que personas que no piensan, escritores teológicos i autores de homilfas sentimentales ensalcen la moral i la tengan por el principal fin de la vida, no es de admirarse. Pero que filósofos de aliento i penetracion no le hayan señalado, en su sistema, el lugar que le corresponde, será siempre una de las curiosidades del espíritu humano. Miéntras la sociología se ocupa de todas las acciones humanas, i, por consiguiente, comprende a la ética, esta última trata sólo de la limitada clase de acciones señaladas con la palabra *conducta* i se refiere únicamente a los conflictos que se verifican en la accion normal. Esta clase carece de importancia no sólo por el limitado espacio que abarca, sino por su carácter esencialmente negativo. Su tendencia, como en el roce mecánico, es impedir, evitar las regulares operaciones sociales; es, por consiguiente, anti-progresista... Los preceptos morales observados en cualquier tiempo i en cualquier lugar, son el efecto i no la causa de la condicion moral de los que los observan... Un serio

---

(2) Obra citada. III.

daño resulta de la errónea creencia de que el carácter moral puede ser perfeccionado por medio de la enseñanza ética. Muchas personas, i especialmente los profesores, trabajan bajo tal peso de responsabilidad en cuanto a la moral de las personas sometidas a su influencia, que llegan a quedar paralizados para toda cosa útil en la vida. Ninguno se atreve a decir lo que piensa i lo que producen carece de originalidad. La noble carrera de la enseñanza dejenera en pedantería... El mas alto ideal de felicidad es el ejercicio completamente libre del mayor número de facultades i entre estas el de las mas enérgicas. Este tambien debe ser el ideal ético mas elevado. Pero es claro que su realizacion aboliria la llamada conducta moral al mismo tiempo i suprimiria la ética en todo programa de filosofía. Apartar los obstáculos que entranaban la libre actividad social, es concluir con la supuesta ciencia de la ética. El declarado propósito de la ética es abolirse a si misma. La mas alta ética es la falta de ética. La conducta idealmente moral es una conducta del todo amoral. O dicho más claramente, el ideal superior de un estado moral es aquel en el cual no exista nada que pueda ser llamado moral.» (1).

Al lado de los sociólogos mencionaremos al fino psicólogo Fr. Paulhan que en su obra *La Morale de l'ironie* se esfuerza en probar, con un escepticismo casi seductor, la imposibilidad de fundar una moral cualquiera. Mas que esto: afirma que las doctrinas morales no son mas que engaños, especies de artimañas del espíritu social, que conducen muti a menudo a flagrantes inmoralidades. «Hai en la humanidad, dice Paulhan, una gran contradiccion, i esta es la razon de ser de toda nuestra moral. Es la oposicion del hombre, animal social, i del hombre, individuo egoista. Es uno de los engaños primordiales de la moral el velarnos el antogonismo irreductible i perpétuo que hace de cada individuo el enemigo de todos los demas, i presentamos realzada la solidaridad, tambien real, que los liga i los constriñe, sin quererlo, sin saberlo, i aun a pesar de ellos, a prestarse recíprocos servicios... El espíritu social mismo mal formado i mal apreciado, ha producido i sufrido estrañas desviaciones. A menudo, no ha logrado mas que una transformacion aparente i ha hecho de la humanidad una especie de teatro de decoraciones convencionales. Viéndose incapaz de vencer al individuo, i no pudiendo transformarlo en ser social se ha contentado con ponerle la máscara de tal. Un medio sencillo i curioso para salvar las imperfecciones de la solidaridad social consiste en negarlas, i en afirmar con mucha soltura que esa perfeccion existe. Propositiones como «el crimen concluye siempre por ser castigado», «una buena accion alcanza siempre su recompensa», «amor con amor se paga» i otras muchas de igual manera moldeadas son lugares comunes de la educacion».

---

(1) The Psychic Factors of Civilization. Cap. XVII. Social friction.

«El alma social nos une así engañando i encadenando nuestros instintos egoistas. Una de sus principales armas es la teoría del deber. Esta teoría es un admirable ejemplo de cómo se pueden oscurecer i complicar las cosas mas sencillas. Se nos presenta el deber como un hecho absoluto para nosotros; se nos impone porque se impone. Sin embargo seria mas acertado decir que es impuesto porque él no es capaz de imponerse. El deber es «imperativo». He aquí su gran característica. No obra por persuasion o afeccion, ni por interes o simpatía; ordena; es una autoridad, exterior i embustera; una autoridad abstracta i anónima. Es una formacion del espíritu social para subyugarnos.»

«Todo principio de moral demasiado concreto del cual se quiere hacer depender una concepcion completa de la vida es una desviacion i, en consecuencia, una inmoralidad. Lo que se entiende por virtud es esencialmente una ruptura del equilibrio mental, es un exceso, es un extravío de la conducta fuera de las condiciones en que es verdaderamente buena.»

¿Qué hacer entónces, se pregunta Paulhan, ante este caos de deberes contradictorios, de tendencias opuestas que nos desgarran, de moralidades de círculos que se contradicen, de mentiras con que se quiere encadenarnos? ¿Cuál es la actitud que conviene al hombre tal como lo he presentado al frente del mundo tal como lo comprendo?

Parece, se contesta, que una actitud le conviene en efecto, i esta es una actitud irónica.

La ironía es una forma de escepticismo que regulariza la lucha de las ideas i de las creencias, sin esterilizarla. La ironía no es infecunda i contraria a la actividad. Se coloca por encima del individuo i de la sociedad, en cuanto significa tendencias irreconciliables, se complace en analizar la contra de todas las cosas i deriva de aquí, como norma, una fina tolerancia.

Por nuestra parte, nos parece mui digna de atencion esta forma francesa de la crisis de creencias éticas que se refleja en la moral de la ironía. Marca el polo opuesto de la moral del pragmatismo norte-americano. Este, en su afan de salvar a la ética, llega a predicar que se debe creer a ojos cerrados i por que sí en todo lo que sea útil i convenga para la accion. Sacrifica la nocion de verdad para que puedan vivir los imperativos del deber. Al reves, la moral de la ironía se complace en ver cuánto hai de engañoso i falso en todas las creencias. El pragmatismo, por querer asentar sobre bases sólidas a la moral, llega a representar la crisis de la filosofía misma, i el espíritu frances de M. Paulhan, en su anhelo de conocimiento de la realidad, prefiere quedarse sonriente en medio de la crisis moral.

Otro tipo de inmoralismo es representado por Stirner i Nietzsche. Al reves de los pensadores que desprecian a la moral, Stirner le concede un

papel enorme en los negocios humanos i sobre la felicidad i la desgracia de los hombres. Teme no exajerar lo bastante el poder de los ideales morales, a fin de poner en guardia a los hombres contra ellos. Toma terriblemente en serio a la moral i a los moralistas, i se asusta ante esos fantasmas que pueblan el reino del espíritu i defiende desesperadamente contra ellos la independendencia i la unidad de su *Yo*. Las espresiones de combate son frecuentes en este atleta de nervios en tension i rasgos crispados. «El rudo puño de la moral, dice, cae implacablemente sobre las nobles manifestaciones del egoísmo». Este esforzado luchador encuentra acentos de compasion anhelante e indignada para lamentar a las inocentes víctimas de la moral. En la contienda entre el deber i la pasion, Stirner detesta el triunfo del deber, incita al instinto a nuevas revueltas i compadece a la pobre doncella que sacrifica su amor a la moral. Segun Stirner, no es el hombre la medida de todas las cosas, es el *Yo*. Stirner cree encontrar el verdadero punto de apoyo universal en la conciencia individual, en el *Yo* siempre presente que se halla en todo pensamiento. El Hombre no tiene ninguna realidad; todo lo que se le atribuye es un robo hecho al individuo. «El Hombre, agrega Stirner, es un fantasma que solo tiene realidad en *Mí* i por *Mí*; lo *humano* no es mas que uno de los elementos constitutivos de mi individualidad i es *lo mío*, así como el Espíritu es *mi* espíritu i la carne es *mi* carne. Yo soi el centro del mundo, i el mundo (mundo de las cosas, de los hombres i de las ideas) no es mas que mi propiedad, de la cual mi egoismo soberano usa, segun su real gana i sus fuerzas. Mi propiedad es lo que está en mi poder; mi derecho, no siendo mas que un permiso que me concede un ser exterior i «superior» a mí, no tiene mas límite que mi fuerza i no es otra cosa que mi fuerza. Mis relaciones con los hombres son de egoísta a egoísta; yo los empleo o ellos me emplean; somos el uno para el otro o un instrumento o un enemigo. Aquellos mismos que atacan a la Iglesia i al Estado en nombre de la moralidad i de la justicia, apelan todavía, termina Stirner, a una autoridad exterior a la voluntad egoísta del individuo; apelan en último análisis a la voluntad de un dios. No hai otra refutacion verdadera de la moral teológica que la supresion no sólo de la teología sino tambien de la moral misma. Una física de las costumbres no puede llegar a ser moral si no se hace inconscientemente religiosa. Renunciemos, pues, a toda moral propiamente dicha si queremos renunciar en absoluto a la teología i establezcamos por principio el *Yo* bajo el nombre de lo *Unico*. (1)

Nietzsche se califica a menudo de immoralista, declara que quiere suprimir la moral actual i efectuar una transmutacion de los valores morales.

---

(1) A. Fouillée. «Nietzsche et l'immoralisme», Cap. I. «L'immoralisme et l'individualisme absolu de Stirner».

«El valor—entendido el valor práctico—, de este medicamento, el mas célebre de todos, de este medicamento que se llama moral, no ha sido examinado hasta ahora por nadie; seria menester ante todo discutirlo. I bien, he ahí precisamente nuestra obra». (1) «He llegado a la conclusion de que no hai en absoluto hechos morales; el juicio moral tiene de comun con el juicio relijioso que cree en realidades que no existen». (2)

Lo bueno para Nietzsche es todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, i el poder mismo. Sus virtudes soberanas son la *voluptuosidad*, el *deseo de dominacion* i el *egoísmo*.

Condena Nietzsche como funestas la justicia, la compasion i la caridad; i, arrastrado por su aristocratismo radical, deja subsistentes los encadenamientos morales para los oprimidos, los esplotados, los débiles i los ciervos. La sociedad se divide en dos grandes clases: la de los asnos, de donde brotará el super-hombre, i la de los esclavos. La moral queda destruida para los primeros. Para los segundos subsiste la accion del deber del veneno llamado *moralina*.

En realidad, cuesta tomar a lo serio las lucubraciones a menudo contradictorias de Nietzsche. En todo caso, nos hemos ocupado aquí de él únicamente como de un testimonio de la crisis de creencias que existe en el mundo occidental. En cuanto a la crisis de costumbres, las obras de Nietzsche servirán para probar que en su concepto las costumbres son demasiado buenas, i que desgraciadamente los hombres toman demasiado en cuenta la moral i los preceptos del deber.

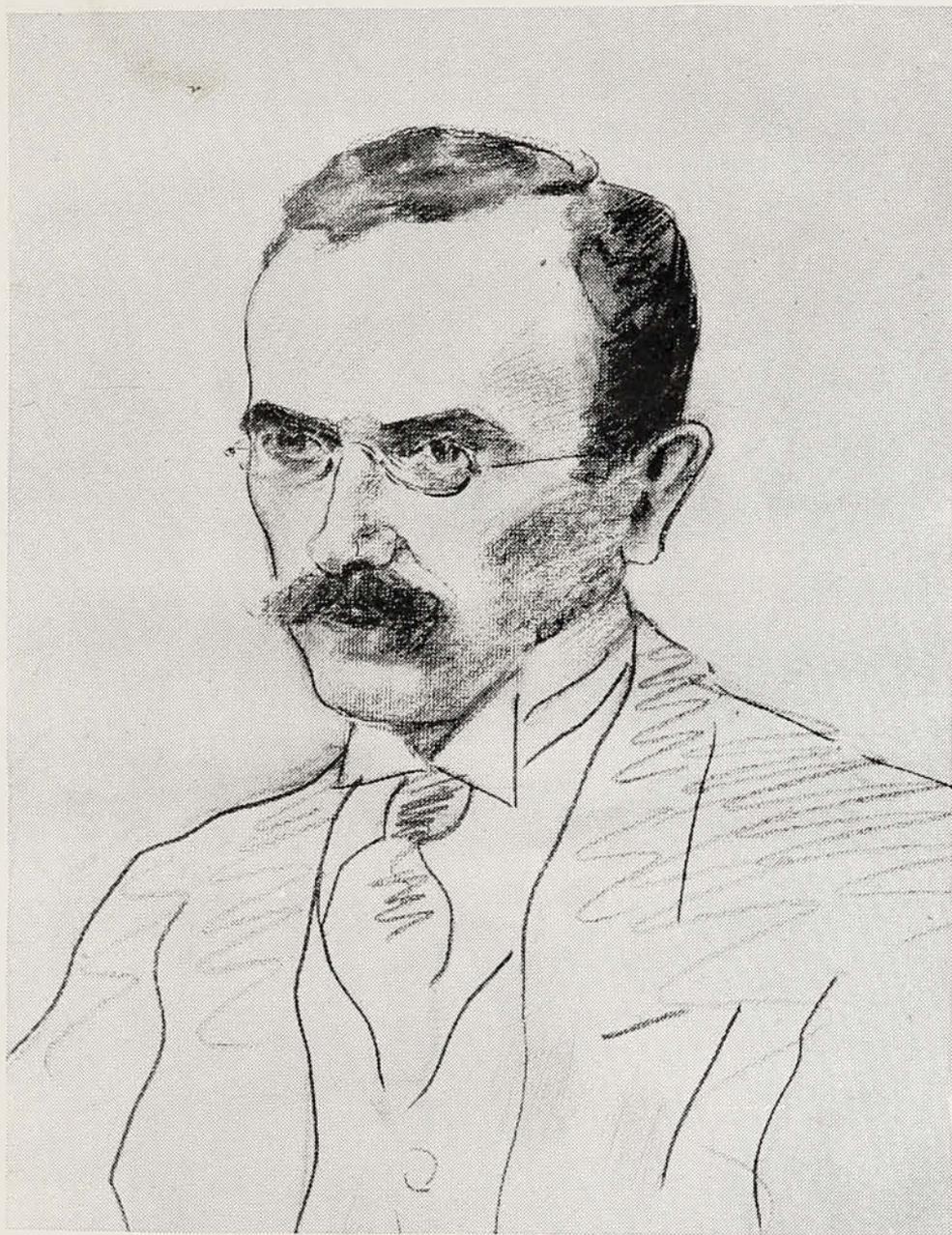
\* \* \*

Sin comulgar con los aforismos deslumbradores de Nietzsche sobre la inmoralidad, creo por mí, como lo he dicho mas arriba, que nuestra época más padece de una crisis de creencias que de costumbres. No bastan a probar lo contrario las sombrías pinturas de los literatos, demógrafos i criminalojistas de nuestros tiempos que nos presentan a una buena parte de la humanidad debatiéndose en medio de inmoralidades i crímenes. Los adulterios, los abortos, los asesinatos i los robos alcanzan segun esos escritores cifras que se repiten año a año, cuando no van en aumento, de suerte que se puede negar, segun ellos, que la hnmanidad progrese moral i socialmente.

Para que esta afirmacion fuera irrefragable faltaria aun probar que

(1) La Gaya Ciencia—Citado por A. Fouillée. Nietzsche et l'Inmoralisme.

(2) El Crepúsculo de los Idolos.



CÁRLOS VALERDI



en las edades históricas pasadas la humanidad habria sido mejor. I no me parece que contribuyan a sostener tal aserto la corrupcion de Babilonia i de todos los imperios orientales, sin escluir el de David i Salomon; las lincenciosas costumbres de la decadencia del Imperio Romano i de Bizancio; la brutalidad mundana de la Edad Media; el libertinaje de las cortes del renacimiento; la impudicia de la época de la restauracion de los Estuardos; la vida lijera del período de la rejencia del duque de Orleans a principios del siglo XVIII; ni las orjfas del Directorio, a fines de la misma centuria.



## El Alba

El alba... son las manos sucias,  
i los ojos ribeteados,  
i el acabarse las argucias  
para continuar encantados...

Livideces y palideces,  
i monstruos de realidad...  
I la terrible verdad  
mucho mas clara que otras veces..

I el hallar sandias las peleas,  
i las bebidas detestables,  
i el creerse unos miserables  
junto de unas mujeres feas.

I el empezar a ver cuando  
los ojos se quieren cerrar...  
I el acabar de estar soñando  
cuando nos vamos a acostar.

---

## Cancion del presente

Querer es triste—i no poder!—  
Lo qué es tenia que pasar.  
¿Para qué el plebeyo querer  
i lo innoble del procurar?...

¿A qué arreglar el porvenir  
i hacer del presente dolor?  
¿Que tiempo hemos de vivir?...  
¿I, acaso, morir no es mejor?...

I en este necesario albur,  
¿qué nos queda, como saber,  
sino dar el alma al azur  
i todo lo demás al placer?

---

## La República en Portugal

---

Ha causado no poca sorpresa en la América española la resolución que ha traído a tierra la monarquía lusitana.

Empero, los espíritus que conocían de cerca el modo de ser político, religioso i económico de la pequeña monarquía, han juzgado ser natural el cambio que se ha verificado, rápido e indudablemente seguro.

Desde que el gobierno absolutista de don Miguel, el año 1828, organizó un sistema de terror, pereciendo muchas personas ilustres i muchos hombres honrados en el cadalso, confiscando los bienes a mas de 30,000 personas de las clases acomodadas, volviendo a multiplicar las ejecuciones en 1831; bombardeando la ciudad de Oporto durante once meses, sin hacerla capitular; el pueblo portugues fué incubando el odio a las monarquías i sintiendo crecer en su seno el amor a la libertad pública, pasando por la monarquía moderada, hasta llegar a ser casi un sentimiento unánime nacional en los últimos tiempos el sentimiento republicano. I todo eso, alentado por plumas sanas i vigorosas en los libros i en la prensa, debía de traer al desprecio esa corona que durante un siglo no ciñó casi cabeza digna de rejentar un pueblo oprimido i con anhelos de próspera libertad.

I si a esto se agrega la continúa emigración al Brasil de los portugueses, que veían a esta República levantarse velozmente a una gran esfera de grandeza en el concierto universal, siendo de su misma raza, es de admirarse cómo hasta estos tiempos ha soportado el pueblo lusitano la presencia de soberanos que, con menoscabo de la honra de la nación i derroche de su tesoro, la tenían maniatada, como débil colonia, a los piés de Inglaterra, miéntras la realeza ostentaba un fausto irritante de diversiones i magnificencias que desdecían del oprimido i casi miserable pueblo.

El asesinato del Rei de Portugal i de su heredero asombró al mundo ignorante; pero en todos los países la prensa i los hombres que escrutan las causas de los hechos, pusieron el dedo en la llaga i encontraron lójica la encadenación de aquellos luctuosos acontecimientos.

Existe en Portugal, débil, moribunda, la causa de los miguelistas; pero no obtendrían ni el apoyo del clero que en Europa es en todas las naciones monárquico, salvo tal vez en Portugal. Diríamos aquí algo del clero de Portugal, pero la prudencia nos aconseja callar; baste saber que en no pequeña parte del clero secular no será malquista la jóven República, i que no es allá una monstruosidad dar con clérigos afiliados a la masonería, que es la que ha dado ese golpe certero, rápido i eficaz de la revolución.

El pueblo portugues es radical como ninguno; apénas, hace años, podian ostentar el traje talar los sacerdotes por las calles de las ciudades, i el ex-Patriarca de Lisboa i el Pontificado, son testigos de los disgustos que les ocasionó ruidosamente, el tan conocido liberalismo de los clérigos portugueses.

No recuerdo la fecha; ¿del ochenta al ochenta y cuatro? el ataud que conducia el cadáver de un obispo portugues, llevaba las insignias masónicas con escándalo del mundo católico i ostentacion de las lojias que acompañaron al sepelio, tambien con sus insignias manifiestas. ¿Habrà cambiado este modo de ser del clero lusitano? ha trascurrido mui poco tiempo para una radical reforma: esperemos los sucesos del porvenir.

Tal vez la espulsion de los relijiosos extranjeros no la miren contristados los sacerdotes del Portugal. ¿Hasta dónde llegará en sus designios respecto a la Iglesia el Gobierno republicano? No es fácil predecirlo; pero la monarquía que no era católica ha muerto, i de los caudillos católicos está ya vislumbrándose la desercion i la contienda intestina.

Ya uno de los diarios católicos aconseja a sus lectores, que siguiendo el sabio consejo de Leon XIII a los legitimistas franceses, de trabajar en Francia a favor del reinado social de Jesucristo dentro de la legalidad, dejen a un lado la restauracion de la monarquía, i trabajen adhiriéndose a la forma de gobierno republicano, en pro de la Iglesia i de la causa católica

Prueba evidente, pues apénas cuenta la República unos cuantos dias, de que, a lo ménos, algunos católicos ven imposible la restauracion dinástica i buscan en su mismo campo al enemigo para defender sus ideales relijiosos.

Mas aun; los hombres que han tomado sobre sus hombros el peso de los destinos de Portugal, son, a macha-martillo, honrados i de ideas avanzadas, pero ansiosos de ver triunfar el derecho i la justicia. Machado, Almeida, Guerra Junqueiro, Braga... enorgullecen a Portugal i enorgullecian a las naciones mas cultas de la Europa.

De desear que empujen la carroza de la República por buen sendero i no vengán, grandes literatos e inespertos políticos a tierra, arrastrados por esa falanje de ambiciosos que tras las encrucijadas de una política maquiavélica, arman zancadillas para escalar el poder, haciendo de la patria un vivero de vampiros i escarnio i burla de sus enemigos.

No hemos querido hablar, pues todos la conocen, de la desgraciada situacion financiera que la monarquía carcomida ha dejado a la República.

No se ven nubarrones por la banda de Inglaterra, ni por el lado de Italia, naciones que, o por intereses económicos o vínculos de parentesco, podian hacer vacilar la estabilidad de la nueva forma de gobierno.

I ¿España?

## La República en España

Hablando de Portugal en asunto de tanta trascendencia, no se puede prescindir de la República española. La identidad de raza, la cercanía de ámbas naciones que ha hecho de Portugal la guarida de los republicanos españoles, la unidad de anhelos que a ámbos partidos ha movido, la situación de España entre dos Repúblicas, los movimientos continuos que no pocas veces han regado de sangre el suelo español, las lecciones republicanas levantiscas e incansables, son causa de que la mirada del mundo entero se oriente hácia esa nación que busca una postura de descanso, que quiere romper la costra de la monarquía i respirar aires de libertad i de desahogo.

Sin embargo, la República española no se halla en las mismas condiciones en que se desarrolló el republicanismo lusitano, i aun está léjos el día en que flamee en el Palacio de Oriente el pabellon democrático.

Fué tal el desbarajuste de la anterior República, que aun los secuaces de ese réjimen miran con desconfianza otra prueba de esa forma de Gobierno. La administracion económica fué un desastre; el ejército quedó indisciplinado, obligando, al son de palmoteos, a bailar a sus jenerales la chusma soldadesca; la relijion fué objeto de ludibrio grosero i de persecucion sangrienta, i los buenos republicanos no han olvidado aquellos dias en que se hizo célebre la frase: «¿Qué gritan? ¿Viva la libertad? pues atranca la puerta». Los hombres de bien se plegaron a la monarquía, los católicos se lanzaron al monte, i la República fué llevada a la tumba en un sudario de odio i de desprestijio. Mas tarde, el caudillo mas elocuente de la revolucion formó el partido posibilista dentro de la monarquía. Murió monárquico don Emilio Castelar.

Sabemos que en Portugal fué el ejército de mar i tierra el que dió al traste con la monarquía. Es mui diversa la situacion del ejército i de la marina en España. Un golpe de estado tendria que abarcar las poblaciones mas importantes de España, i el único jeneral señalado como afecto a la forma republicana es Weyler, i Weyler no se sublevará, porque cuando mas jóven, i a raiz de las hecatombes de Cavite i Santiago de Cuba, no desenvainó su espada que volvía de los campos de Cuba, querida de España, ansiosa de vengar en la monarquía las vergüenzas por que la habia paseado la torpeza de los hombres consejeros de la Corona.

Ademas el foco de la República arde en Madrid, Barcelona, Valencia, i la cuenca minera de Bilbao.

I en Cataluña no hai soldados catalanes, desparramados como están por los cuarteles de Castilla i Andalucía, i en Madrid hai un pueblo que adora a su rei, i en Bilbao los vascos que ponen su fe ante las formas de

Gobierno, a pesar de ser republicanos como fueristas, o se lanzarian por don Jaime, o defenderian la monarquía contra la República, que en España no sólo es liberal i de mui avanzadas ideas, sino que llegaria hasta la persecucion de la Iglesia, i casi, casi hasta el ateísmo.

I seria de peso la misma idea de separatismo que cunde en Cataluña i que en caso de fracaso para una República peninsular, trabajaria con aceros para su propia independendencia.

El pueblo español es monárquico en su gran parte, y tan arraigado está en él ese espíritu, que muchos españoles liberales que beben hace cuarenta años en la América aires republicanos, ostentan veneracion honda por las personas reales.

Luego España va despacio, pero va subiendo en la cuesta del progreso, i se mantiene, no como en épocas anteriores, pero eficaz, la fé católica para consentir en una revolucion como la de Portugal.

I a todo esto se añade la sombra del partido carlista, no mui fuerte para luchar por el triunfo de su ideal dinástico, pero incontrastable en el caso de que la caída de Alfonso XIII trajera como consecuencia la ruina de la religion católica.

Esto no quiere decir que los caudillos republicanos no se ajiten; i aunque divididos entre sí, a diferencia de los portugueses que han ido a la brecha como un solo hombre, pueden aparecer intentonas en que se derramará mucha sangre i en que se alejará unos años mas la realizacion de un gobierno republicano. No se qué influencia pudiera tener en Inglaterra una hija suya sentada en el trono español.

Ademas, el clero español, tanto secular como regular, es intransijentemente monárquico; i su poder es invencible en el sentido de llevar los pueblos a la contienda.

Se aterra la imaginacion de crear el caos a que hoi llegaria la nacion española si se lanzara a una revolucion como la de Portugal.

Queda la marina, que para España es mui pequeña i cuyos cañones no alcanzan al Palacio de Oriente, ni pueden medir sus fuegos con los que vomitaria Monjuich, leal hasta el sacrificio.

Sueñan, pues, los que opinan que la revolucion de Portugal ha de repercutir eficazmente en los destinos inmediatos de la monarquía española.



## Aves viajeras

---

### I

El jóven fija la vista en el rostro de su padre i éste a su turno observa al hijo. Ambos se estremecen i vuelven a bajar los ojos.

Hace dos dias que el jóven ha vuelto del colejio derrotado en sus exámenes i uno i otro iban postergando este careo. Cualquiera diria que el padre, culpable tambien temiese esta entrevista tanto como el hijo. Pero era necesario una esplicacion, i he aquí que se encuentran solos, el uno frente al otro, separados apénas por una pequeña mesa, en una habitacion aislada.

El rostro pálido del jóven recibe de frente toda la luz que penetra por un resquicio que dejan los postigos a medio entornar, miéntras que el padre, vuelto de espaldas a la luz, mantiene las facciones en la sombra. En el resto de la habitacion, asimismo en penumbra, se distinguen confusamente los objetos.

Esta pieza era para el jóven como la sala del tribunal para los delinquentes, a la vez que prision i sala de torturas. Habia llegado a penetrarse del sitio que le correspondia a cada uno de los objetos de la pieza i aun cerrando los ojos i despues de trascurrido tanto tiempo desde que estuviera aquí la última vez, podria indicar el sitio i forma de cada uno de ellos. Aunque está el cuarto en penumbras, ve su contenido como si penetrase la luz por sus tres amplias ventanas... Allí el sofá de viejo marroquí oscuro, mas acá el par de sillones de cuero, i en aquel ángulo las dos o tres sillas de mimbre que se suceden en torno en actitud de profundo aburrimiento... I en las paredes, formando mancha clara, hai algunos cuadros de oleografia: el que representa un viejo cazador haciendo fuego sobre los patos i aquel en que se ve un gallardo jinete seguido por su trailla. Tambien hai un almanaque de *El Ferrocarril* fijo a la pared por cuatro chinchas, i mas allá, cuelga desde la percha una manta blanca i un latiguillo de fibras trenzadas.

¡Cuántas veces, siendo mas pequeño, ha comparecido a esta pieza, azorado de temor, al llamamiento del padre, para regresar despues con la cara roja i los ojos llorosos!

Han cambiado los tiempos, es verdad. Es hoi un alto mozo, de oscuro bigotillo caido sobre los labios, de contestura delgada i nesrviosa, que se yergue ante el padre con espresion interrogativa, casi insolente... Apoya un codo sobre la mesa i dirige la vista hacia la única ventana con luz.

Se presiente en el exterior un calor insoportable, ese sol que abrasa los potreros como una marejada ardiente i que hace dormir a las aves, acurradas a la sombra de las plantas. Rozando los vidrios la rama de un árbol del jardín, inmóvil, parece observar con indiferencia lo que ocurre en la sala.

El hijo espera la acusacion para esponer su defensa i el padre siente una estraña inquietud que le embarga la voz. ¿Qué decirle a este hijo que aparece de pronto entre ellos como un espectro intranquilizador? ¿Decirle que se marche, que no perturbe la paz de un hogar en que no se le espera, en que no hai para él ni lazos ni cariños?... Hacia ya un año que poco se sabia de él, en que se le creia alejado para siempre, i ahora, cuando ménos se piensa, penetra en medio de los suyos con paso firme i aspecto despreocupado de jóven vividor. ¿Decirle que se marche?... Pero, ¿cómo, si tambien es uno de sus hijos?

I pensaba con angustia:

¿Qué le diré? ¿Hasta qué punto puedo ser severo con él? ¿no tengo yo tambien parte de culpa?

Le remordia quizás un poco la conciencia por haberse desentendido de su hijo en manos casi estrañas. Hacia tiempo que habia entregado a su hijo en poder de una persona vieja; una pariente de su primera mujer; persona mui buena, pero incapaz de dominar una naturaleza jóven, tanto mas si en esta habian ya malos jérmenes. I ahí estaba sinó, sobre la mesa, la carta en que se le contaban los despilfarros de su hijo.

«Es inaguantable;—decia la vieja señora—si se le reprende, escucha sonriendo i dice a todo: «Si, está bien, no lo haré mas» i a reglon seguido vuelve a reincidir. Todo lo habria soportado en recuerdo del cariño que tuve a mi pobre sobrina (q. e. p. d.) i a la compasion que me inspiran sus hijos; pero los últimos escándalos han sobrepasado toda medida... Mi recato de mujer me impide repetir semejantes historias, pero por este mismo correo le escribe mi hermano Fabian quien lo impondrá de lo ocurrido.

«No sabe usted con cuanto dolor me veo obligada a dar este paso. Le habia tomado verdadera afeccion a este niño, que, por lo demas, no tiene mal corazon. Son las juntas las que lo hechan a perder.

«Al principio todo marchó bien; estudiaba con empeño, asistia a todas sus clases i de todas partes no me llegaban de él sino elojios. La carta de Fabian lo impondrá hasta que punto alcanzó en su degradacion, instigado por estas malas campañas.

«Yo le advertí con tiempo, Enrique, para que interpusiera su autoridad de padre, ya que la mia no bastaba, pero por desgracia, o no ha recibido usted mis cartas o no ha podido contestarlas. Es llegada la hora en que usted debe obrar con enerjía».

Estas eran las palabras de la señora: «Es llegada la hora de obrar con energía».

La carta de Fabian le narraba los escándalos en que se habia visto envuelto el jóven a causa de su vida licenciosa. «Una mujer de mala vida, decia, ha sido su peor consejera. Pero todo eso no seria nada si no hubiese llegado hasta a perder la vergüenza, pues en el último tiempo ha hecho pública sus malas relaciones, avergonzando con su conducta a su buena tía i a todos sus parientes. I todos lo acusan a usted, don Enrique, por haber dejado la rienda demasiado suelta a su hijo».

Al recuerdo de estas cartas don Enrique estrae su petaca de la cartera, enciende un cigarrillo i observa con atencion las volutas que fabrica el humo.

—Así es, Enrique, (el hijo lleva su mismo nombre) empieza afirmando la voz i sin dar la cara, así es que todos los sacrificios que hago por tí resultan inútiles?...

El rostro del hijo se anima por una espresion interrogativa.

—¿Qué sacrificios? parece decir.

El caballero inclina la cabeza. En seguida continúa:

—Tu tia te despide de su casa... ¿Qué piensas hacer ahora?...

El jóven se limita a asentir con la cabeza; parece responder con su espresion, mitad indiferente, mitad burlona:... I bien ¿qué?... ¡Lo que a usted le paresca!.....

El padre se siente incómodo... De nuevo, una inquietud estraña lo hace enmudecer. Da otro chupetazo al cigarrillo i vuelve a sumirse en sus cavilaciones.

Entretanto, al jóven quédanle resonando en los oidos las primeras palabras que le dirigiera. ¿Qué sacrificios? vuelve a preguntarse interiormente. ¿En qué piensa mi padre al hablarme de «los sacrificios que hace por mi?» No será sin duda a los de este último tiempo... Olvida la única carta en contestacion a las muchas mias que le he escrito en todo el año... Bien claro me decia que no se intranquilizaba por nada de lo que me ocurriese, que era yo libre de cometer todas las tropelías que se me vinieran a la cabeza con la condicion de que no llegasen a sus oidos. «Desde ahora me decia, tienes el porvenir en tus propias manos. Tu tia ha solicitado ocuparse de él. Solamente depende de tu voluntad el que quieras aprovechar su jenerosa oferta. Procura, pues, serle agradable en lo posible.

«Desde hoi, encontrándome libre de tí, podré ocuparme con mayor solicitud de la educacion de tus hermanos»...

Se detiene para observar a su padre.

—¡Encontrándose libre de mí!... Sin embargo, parece que no las tiene todas consigo... A no ser así ya hubiera caido sobre mi cabeza uno de esos torrentes de frases duras o uno de esos brutales castigos que acos-

tumbra... ¿Pero cómo puede quejarse de que lo hago sufrir? Vocifera que «voi a concluir por matarlo a fuerza de molestias» i que «lo arruino»... Agrega que le «doi mas que hacer que toda la familia por junto». Por un tiempo pude creer en mi «gran culpabilidad», i sin duda alguna, parte de culpa debo tener en todo, pero, ¿hasta dónde llega la justicia en sus apreciaciones?».

La atmósfera de la pieza va haciéndose un poco mas densa a causa del humo del cigarro i del calor que penetra de afuera. Dijérase tambien que comenzara a vibrar en el silencio algo así como el alma de los dos hombres. Parece oírse un coloquio imperceptible, como el ruido de espíritus que se debaten en los rincones oscuros.

—¡Eres tú el culpable!

—¡Eres tú, padre!

Continua pensando el hijo:

—Ni el sentido de los sacrificios pecunarios puede acusarme de haberle impuesto ninguno. Los sacrificios de dineros de mi primera educacion se hicieron cuando sonreia la fortuna, i mi padre no tuvo necesidad de abandonar por mi causa ni las comidas abundantes ni las jenenosidades de cantina con sus amigos, ni las rondas por las mesas del «baccarat». I despues, cuando la mala sombra hizo presa en nosotros, no sé que tampoco se suprimiesen por mi causa las fiestecitas que consumian mucho mas del poco dinero que demanda el vestuario de un colejial. Sin embargo, fué entónces cuando comenzaron a llegar hasta el colejio en que yo vejeaba con beca de interno, como único aliento para mis trabajos, el estribillo de sus cartas: «Mal hijo, hijo maldito, ves que nos quitamos por tí el pan de la boca ¡i te conduces mall!»... Despues pasé a poder de mi tia...

En los cristales de la ventana se oye un ruido vago... El jóven levanta la cabeza. Son algunas moscas que procuran salir al exterior engañadas por las transparencia de los vidrios, dándose cabezadas i moviendo nerviosamente las alas. La rama de árbol que asoma por la ventana parece aun mas abatida por el calor. El padre medita; las concavidades de su rostro se han hecho mas intraquilas i oscuras.

—En cuanto a sacrificios morales—prosigue el jóven—no se qué pueda colocar en su favor. Mientras permanezco en poder de mi tía «el no desea saber de mí» i se «lava las manos»... ni mas ni menos como el tribuno Poncio. Me entrega en poder de otras personas no porque crea que soi un incorregible, sino para evitarse toda responsabilidad... ¡El porvenir de un hijo!...

—«Eres culpable, padre»—habla el espíritu en el silencio.—Sólo responde un suspiro. Las moscas aletean en la ventana con mayor fuerza.

«I anteriormente, ¿dónde hallar un voluntario sacrificio? Si recorro mi vida hasta el dia de mi nacimiento ¿cuándo hallar en mi padre algo

para mí que no sea egoísmo? I aun ántes de que yo naciera, ¿pensó él en mí, soñó en mí, en el que debía de venir? ¿No soi quizás el resultado de un instante de voluptuosidad? ¡Estaban ante él los grandes ojos negros de una mujer, ojos que tenían una misteriosa seducción... i luego, sus brazos suaves, amorosos!... Sólo *cuando el mal estaba hecho*, se pensó en el que debía de venir, ella, la futura madre, con amor i temor, pero él, sólo con egoísmo. Se dijo «que tendria el heredero de su fortuna, el que impediria que su trabajo cayera en manos desconocidas» o lo que es lo mismo «que ya que no podia llevarse el dinero al otro mundo, quedase al ménos en poder de uno de su sangre»...

Mi padre no fué el que *pensó* en el que debía de venir, ni el que *temió* por el futuro hijo, ni el que *sufrió* los dolores del parto. Fué ella, mi madre, la que lo sufrió todo; ella tambien la que soportó las consecuencias del mísero recién nacido, de esa pequeña masa inconsciente i deforme.... No se acercaria él a mi cuna para observar al animalillo de ojos vagos e incoloros. Besaria, sí, los negros ojos de ella. Para ella el amor. I cuando dejé de ser una masa informe, i me convertí en un muñeco de cabellos rubios, sólo entónces me atrajo hasta su cuello, me zarandéo, me levantó sobre sus hombros, me arañó con sus bigotes i dijo a sus amigos: «¿Qué tal mi hijo, eh?»

I hasta los cinco años, fuí el hijo. Sin embargo, no recuerdo que me haya respondido a una sola de esas primeras preguntas que se deben responder, ni que me tomase jamas sobre sus rodillas para enseñarme a deletrear. «¡Para eso es la madre, la criada o el preceptor!»...

Pero yo iba perdiendo mis encantos pasajeros. Primero esa confianza en sí, esa fuerza i libertad innata que todos traemos de lo desconocido.... Mi mismo padre me la hizo perder.

Recuerdo una noche en que aun era mui pequeño. Yo dormia en el cuarto de ellos. Un agudo dolor de estómago me despertó. Sentí, ademas, miedo de la oscuridad, i prorrumpí en un llanto nervioso.

—¿Qué tienes?—preguntó la voz dura de mi padre.

Cesé de llorar un instante. Luego grité con mayor fuerza.

—¿Te has de callar?—dijo la voz.—I como aun prosiguiera en mi lloro, sentí que álguien me suspendia en el aire, i luego uno, dos i muchos golpes, en la cabeza, en las piernas, en todo el cuerpo. Seguí llorando callandito i durante toda la noche no pude plegar los ojos. Desde entónces me formé una mui mala idea de lo que es un padre.

Me convertí en un muchachuelo tímido, vacilante, i fuí perdiendo el color... Entónces mi padre abandonó al favorito para escojer uno mas bello entre los pequeños.

Despues, a la muerte de mi madre i cuando aun era bastante niño, me abandonó en poder de un apoderado, persona desconocida casi, pa-

gando tanto porque me mantuviera en casa i vijilase por mi educacion. Ni siquiera se preocupó en indagar si las manos en que se me confiaba eran limpias. El apoderado era un pobre hombre postrado en su sillón de paralítico, i su mujer una vieja harpía, i los hijos unos miserables que me enseñaron todos los vicios que me podian perjudicar en salud, inteligencia i moral. El único bien que debí a tal compañía fué la sensacion de aislamiento, el despego por el mundo, una concepcion cruda i amarga de la vida. ¡Oh! cuánto me hubiera servido la mano cariñosa de un padre por aquella época! ¡Con cuánto placer no la hubiera estrechado i me hubiera dejado conducir por ella!

Pero las cartas de mi padre se limitaban a indicarme el número del jiro de la cantidad mensual con que me auxiliaba, añadiéndome, de un modo invariable, que los negocios iban mal i los sacrificios que por mi hacia eran enormes.

¡I mis cartas! Todas eran un clamor contínuo por ese algo que me faltaba, por esa intimidad de alma que hubiera sido mi salvacion.

Vino despues la época de su casamiento con la que es hoy mi madrastra. Me aseguró que deseaba crearnos un hogar... ¡Bien debió adivinar que entre ella i nosotros no podia haber ninguna relacion! Por fortuna, se me consiguió una beca en un internado, i sólo en vacaciones me fué dado probar las humillaciones de esa mujer. Basta recordar sino la escena en que fuí obligado por mi padre a pedir perdon de rodillas, trajeado de un vestido ridículo, a una hermana de mi madrastra que habia sido detenida por mi en sus burlas a mi madre difunta. O si no podria recordar la escena en que mi padre me amenazó con un cuchillo por haberle dicho a mi madrastra que no era digna ni de besarle la planta de los pies a la que habia sido mi madre.

¿Son esos los sacrificios que debo agradecer a mi padre? ¿No fuí creado, pues, por amor al futuro yo, ni fuí creado por necesidad de expansion, ni por altruismo hacia el mundo, sino por una bestial casualidad? ¿Debo mi existencia a mi padre o a esa lei fatal que rije todas las leyes?

Despues soi entregado a mi tia... ¡Padre, padre!

.....  
En el silencio de la pieza parece elevarse la acusacion tácita con toda su imponente crueldad. El padre levanta la cabeza i suspira. Su mirada parece suplicar. Hai tanta fatiga en su voz que apenas se oye un susurro.

—¿Así es, Enrique, que no hai remedio?...

¡No hai remedio!

—¡Un último esfuerzo, hombre!

—Estoi fatigado, padre, siendo un niño he perdido mi juventud... ¡no puedo!... me falta voluntad, me falta todo... ¡lo he perdido todo, todo!...

El hombre deja escapar un suspiro de dolor.

—¿Eres tú el culpable, Enrique?... ¿Soi yo?...

El hijo guarda silencio, rojo el rostro e hinchado como por el esfuerzo de un trabajo interior.

Por un momento parece oirse en la estancia tan sólo un lento sufrimiento, único, desgarrador, solemne. Despues, un silencio de sepulcro. Por la ventana se asoman las ramas del árbol del jardin, aburridas, indiferentes. Del interior llegan risas de niños...

## II

Cuando su padre hubo salido, el jónen se arrojó de bruces en el sofá, i revolcándose, mordiéndose los brazos con furia, ahogándose en un grito ronco que parecia venirle de las entrañas, exclamaba:

—Eh! maldita vida! ¡eh, eh!

Dábase vuelta de un lado al otro como defendiéndose de pinchazos invisibles i estendía las manos abiertas para cojer el aire que se le escapaba.

Luego, un poco mas calmado, comenzó a pasearse a trancos largos por la habitacion; abrió maquinalmente una de las ventanas i volvió de nuevo a cerrarla.

No hubiera podido definir qué es lo que deseaba, pero tenia conciencia de que era algo esencial. ¿Qué? I volvía a repetir:

—¡Maldita vida! ¡Eh, eh!

Despues, tendiéndose boca arriba en el sofá, se oprimió la cabeza con ámbas manos i quedóse largo rato con los ojos mui abiertos, fijos en el techo.

Cruzaban por su imaginacion ideas vagas, escurridizas, muchas de ellas sólo en forma de palabras: Vida: ¡hai que vencerla! ¡hai que luchar! ¿Luchar? ¿Vencer?... ¿a quién?... ¡Había tentado ya tantas veces una lucha ciega, i, apénas en comienzo, se habia visto obligado a confesar su derrota!

Hacia un año, poco mas o ménos, habia partido con el corazon lleno de esperanzas a ese pueblo desconocido en que una buena anciana lo invitaba a su hogar. ¡Cuántas ilusiones! Era la primera vez que alguien se preocupaba cariñosamente de su porvenir i tambien la primera vez que tendria esa pobre libertad que tanto se ansía cuando se han pasado algunos años de encierro. Ya le parecia verse surjir a la luz i comenzar una verdadera vida. ¡Con qué entusiasmo iba a devorar los libros a trueque de recorrer en seguida los paseos, vagar por la ciudad, salir al campo! I sobre todo, podría aislarse, pensar, sin la vijilancia del inspector i la molesta compañía de los camaradas!

Pero, al mes, ya no soñaba con aquel remedo de hogar, demasiado añejo para ser llamado así... I luego, la vergonzosa corrida de baqueta que hubo de sufrir de sus propios parientes. ¡Se temió que el sobrino se convirtiese en heredero! ¡Era necesario hacer salir al intruso!... Principian las acechanzas, los chismes... sus mas inocentes atenciones recibidas con desconfianza, con una sonrisita persistente, abrumadora: «No, no serás mi heredero!»... parecia decirle la tia.

Un colejio habia sustituido a otro, un inspector a otro inspector, i todos lo recibian con igual hostilidad.

Entónces su aversion por el colejio i por aquella sociedad de lobos que husmean el cuerpo semiputrefacto de su pariente, lo hacen buscar un alivio en otra parte. I claro está, ¿dónde encontrar el placer sino en las casas del placer? I es allí donde una buena noche se encuentra con aquella «perdida» que tanto influjó ha de ejercer en su existencia.

¿Cómo llegan a entenderse?... Sólo podria indicar que una mañana se despierta en el regazo de una mujer de bellos ojos, en un salon semioscuro, i recuerda asimismo la dulce impresion que lo sobrecoje al percibir una mano cariñosa que le alisa el cabello i una voz suave que murmura mui quedo:

—¡Qué hubo, niño! ¿Te has dormido?

Parécele escuchar la voz de una hada. ¿O es que ha muerto i se encuentra en brazos de su madre?... ¡Ah, nó! qué sacrilejio!... no era ni una hada ni su madre la pobre! Era... la Valentina, sencillamente.

Pero siente una infinita ternura por esa mujer que lo acaricia. Le tiende los brazos, se estrecha a su cuerpo i le suplica que no lo abandone, que no se burle de él, que no es una pasion de los sentidos lo que le pide, es algo mas, algo inaprehensible que no sabe explicar.

¿Qué hai en su voz de enternecedor que esa mujer llora amargamente i lo besa, ahogando los sollozos? ¿Qué boton desconocido es el que el azar ha tocado simultáneamente en sus corazones?

En el día de ayer no se conocian; desde hoi ya no se separan... Se dan citas. Se fugan de sus encierros, él del colejio, i ella de la casa maldita que la retiene como un pulpo. I cuando se reunen, sienten un placer loco; saltan, rien, palpitan.

I llegan las noches que pasan en vela vagando por el pueblo desierto, procurando sacar al exterior el alma; esquisitos momentos en que invadidos de dulzura, callan para dejar discurrir las voces interiores, para oirlas como músicas misteriosas en el reposo de la noche. Luego las locuras de los labios que brotan dando libre curso al pensamiento encadenado, sin que por eso una sola palabra resulte estraña; se aprueban todo, atolondrados de alegría el verse tan íntimamente juntos.

Podria venir enseguida la disipacion, el licor ¿qué importaba eso?

¿qué significaba el estudio, el porvenir, cuando había algo mas intenso que iria mas allá de la vida?

Una noche de tempestad en que llueve a torrentes salen sin paraguas ni abrigo, apretados el uno al otro i pasan por todas las calles solitarias cantando, i golpeando en las casas dormidas.

Otra noche en medio de una orjía, quedan mirándose en los ojos i se echan a llorar desesperadamente en medio de las risas de los que los rodean.

¿No es esta la señal de que algo de comun hai entre ellos que se proyecta desde otro mundo?

Al poco tiempo cae enfermo de agotamiento físico i la pobre mujer se desespera, se revuelve contra si misma. ¡Cómo! Ella que lo ama tanto, ella que tambien ha encontrado la única alma compasiva en toda una vida, ella la infame, está matando su niño, al amadito que soñó cuando jóven que tan sólo ahora lo viene a hallar? Pero el mal es grave, lo mina el desaliento, ve la vida negra, siente angustia i un terror vago por algo que no sabe qué es. Los amigos lo apodan «el chiflado», los profesores mueven la cabeza con desprecio, la parentela sonríe malignamente...

Miéntas tanto entre ellos empiezan las escenas desgarradoras. Ella, en el momento en que pensaba hacerse una mujer buena, nacer de nuevo para él, recibe la certidumbre de la enfermedad tan temerosamente esperada, ¡i no hai remedio! debe pagar el pecado de su vida (que no sabe cual es), debe apartarse del que ama tanto para ir a podrirse en una sala de hospital!

Un dia, dia de sol radiante, llegan hasta la ribera del rio. Ella procura distraerlo, darle un tono festivo a su voz. Le señala cualquiera insignificancia i palmorea riendo a grandes carcajadas. Sólo cuando llegan fuera de la ciudad, cuando nadie los puede ver, él la detiene, sombrío:

—¿Por qué ríes? ¡tu risa me hace daño!

—¡Qué quieres, niño!...

Apoya la cabeza en su hombro i prorrumpe en un llanto histérico.

¡Deben separarse! ¿Para qué se conocieron entónces? I él, el cobarde, abandona a la mujer que se hubiera dejado descuartizar por su causa. Una sola vez la va a visitar al hospital, lleno de vergüenza, i no puede dominar su repugnancia cuando la mujer le estrecha las manos para llevarlas a sus labios.

—Enrique ¡por favor! —suplicaba...

¡Ah, el cobarde!... Despues viene su fuga a la casa paterna; fuga sin objeto, puesto que está ahí, mas vacilante, mas anonadado que nunca.

Tiene en su presencia a la vida, ese ente vago, inmaterial, contra el que en vano levantamos los puños amenazantes. Siente, sí, ansias de vencer esta vida, por el placer de vencerla, por pisotearla despues.

Pero tras de él se ajita el irónico fantasma:

—«¿Qué has de hacer, pobre i pequeño hombre, contra la fuerza fatal? Mira tus músculos raquíticos, observa esos ojos cansados i de fulgor febril, eh, bah!... no seas majadero. Ya que has de morir... que la corriente se encargue de dirigir tu bajel i... lindamente, mansamente, te dejas conducir al abismo... Nada se puede contra el enemigo invisible! Naveguemos, pues, al azar... Que lleguemos al fin de la jornada con los cascotes rotos o con la bandera al tope... ¡Procuremos llegar lo mas pronto!»...

El jóven estiende los brazos al vacío i con las manos crispadas vuelve a esclamar:

—¡Maldita vida, eh, eh, eh!...

### III

Pocos dias despues, en una mañana de sol, el dueño del fundo despertaba con el ruido de un galopar de caballo, firme i altanero. Era el hijo intruso que partia a otras tierras, quizás distantes, quizás próximas.

Asomado a la ventana pudo ver con emocion su manta de colores fuertes, flotando al viento semejante a una banderola de guerra. Saludó con la mano. Pero era ya tarde; el viajero no vió el saludo.

Tenia la vista puesta mas allá de los potreros, bañados por el sol, mas allá de las alamedas que finjian escuadrones interminables, mas allá de las montañas azules i nevadas.

Buscaban sus ojos horizontes nuevos con que llenar toda la gran ansia que creciera al abrigo de la soledad i que talvez no bastaria la vida entera para saciar.



## Antropología criminal i derecho penal <sup>(1)</sup>

---

Obras citadas:

FERRI.—*Sociología Criminal*. Centro Editorial de Góngora.

V. BRANDAU.—*Política criminal represiva*. Santiago de Chile.

LOMBROSO.—*Le crime causes et remèdes*. Alcan, 1907.

GARÓFALO.—*La Criminalologie*. Alcan, 1905.

TARDE.—*La criminalidad comparada*. «La España Moderna».

### I

Los organizadores de esta convencion de la juventud liberal, reconociendo la importancia que significa para un pueblo el mantener sus leyes siempre de acuerdo con los progresos realizados por las ciencias, han querido que se propongan i discutan en el seno de esta Asamblea, las reformas que es necesario introducir en nuestra legislación penal, en armonía con los avances realizados por las ciencias antropológicas i sociales.

No sabria, señores, cómo aplaudir la iniciativa de los organizadores de esta Convencion, tanto mas digna de encomio cuanto que entre nosotros nadie parece preocuparse de ese importantísimo fenómeno que se llama el crimen. I no tan sólo entre nosotros.

En efecto, señores, causa verdadero desconcierto la indiferencia con que los pueblos civilizados contemplan el avance creciente de la criminalidad.

Es cierto que los Gobiernos, a costa de muchos millones, han creado en el seno de cada país un aparatoso mecanismo que designan con el nombre de justicia penal i cuya misión consiste en velar porque los ciudadanos sean respetados en sus vidas i sus propiedades; pero no es ménos cierto que a semejanza de los monos de palo que el labriego eleva en medio del sembrado sobre cuyos brazos amenazantes el pájaro reposa tranquilamente luego de convencerse que no existe en ello gran peligro,—esta justicia nuestra, a fuerza de repartir cadenas por millares a diestro i siniestro, se ha convertido, señores, en una vieja arma mellada que para nada sirve.

Donde quiera que dirijamos nuestra vista, veremos una comprobación constante de lo que Holtzendorff llamaba «la bancarrota de nuestros sistemas penales».

Liszt ha demostrado que en Alemania «el derecho penal actual es im-

---

(1) Este trabajo fué leído en una de las sesiones de la 1.<sup>a</sup> Convencion de la Juventud Liberal, celebrada en los días 30 de Setiembre i 1.<sup>o</sup> i 2 de Octubre últimos.

potente contra la criminalidad» i habla de «la derrota de los sistemas actuales de represion i de intimidacion». En Francia, Joly ha descrito el krach de la represion i en su estudio «Las asociaciones i el Estado en la lucha contra el crimen», invoca el ausilio de las asociaciones privadas para la represion, sin apercibirse, como observa mui bien Enrique Ferri, de que las causas del mal i, por consiguiente, los remedios, están en otra parte.

En Inglaterra, donde, como es sabido, las medidas de prevencion indirectas han producido una disminucion de la criminalidad natural i atávica, Griffiths, Inspector jeneral de las prisiones, se espresa de este modo: (Ferri. Soc. Crim. II—262) «En nuestro concepto, todos los sistemas de prision, aunque estudiados con cuidado i concebidos con ingenio, no han influido de una manera apreciable sobre la criminalidad. Inglaterra lo tiene experimentado todo. Ella ha tenido ahorcados por centenas, deportados por millares; ha aplicado la prision celular, la prision con cuarteles separados, la prision en comun i cuantos jéneros de represion han sido inventados. Pues bien ¿podemos nosotros, a fines del siglo XIX, indicar, en favor de tal o cual sistema, resultados que sean verdaderamente típicos i demostrativos, desde el punto de vista de la disminucion de la criminalidad?»

Por lo que respecta a Estados Unidos, White termina su estudio acerca del aumento de la criminalidad con las siguientes palabras (Ferri.—Id. p. 262, t. II):

«Todo esto demuestra el fracaso deplorable de nuestras instituciones penitenciarias lo mismo para la intimidacion que para la correccion».

En Italia, despues de haber demostrado Aguglia «la impotencia de la accion represiva», del estudio de las cifras proporcionales de la estadística, Ferri deduce las siguientes conclusiones (Soc. Crim. I—236-237):

«I. Esta criminalidad (la criminalidad italiana) miéntras que hasta 1890 presentaba una disposicion simétrica de oscilaciones periódicas bastante regulares alrededor de un máximum comprobado en 1880,—no ha cesado desde 1890 de sufrir un acrecentamiento mui considerable.

II. La tendencia o direccion jeneral de estas oscilaciones particulares (que en 1892 me parecian marchar hácia el aumento mas que a la disminucion de la criminalidad) está efectivamente determinada, en los últimos diez años, en el sentido de un crecimiento constante».

Otro tanto puede decirse aproximadamente de los demas paises civilizados, especialmente de Chile, a cuyo respecto nuestro jóven sociólogo criminalista Valentin Brandau, ha escrito estas elocuentes palabras:

«No obstante, si existe un pais que deba preocuparse constante i profundamente de la delincuencia i de la investigacion i aplicacion de las medidas preventivas i represivas, capaces de atenuarla o disminuirla, ya que no de concluir con ella, es sin duda el nuestro, que figura entre los mas criminales del mundo civilizado. I esto no tan sólo desde el punto de vista

cuantitativo, sino tambien, lo que es talvez muchísimo mas grave, desde el punto de vista cualitativo. No únicamente, en efecto, la criminalidad chilena se hace notar por su elevadísimo índice numérico, sino que asimismo por el extraordinario carácter de violencia i brutalidad que reviste, carácter éste que hace recordar la de los pueblos sumidos aun en la barbarie. Si, gracias en parte al sistema penal vijente, no es posible en ningun pais, esceptuando a Inglaterra, constatar un descenso mas o ménos apreciable de la delincuencia, en muchos de ellos, quédale a lo ménos al observador el consuelo de ver cómo ésta va abandonando poco a poco sus características de otrora, (violencia, crueldad, impulsividad feroz) i, en armonia con los ambientes propios de la civilizacion moderna, adoptando otras mui diversas modalidades. En Chile, hasta este consuelo nos está vedado». (Polít. Crim. Rep.—p. XI).

Señores, cuando despues de una esperiencia mas o ménos larga, los médicos llegan a convencerse de que un determinado tratamiento no sana a los enfermos, sino mas bien agrava sus dolencias, le abandonan i le sustituyen por otro que, mas en armonía con los progresos jenerales, pueda despertar la esperanza de que, aplicándole, haya de alcanzarse el éxito. I nadie podrá negar que este proceder se acomoda a los mas estrictos dictados de la lójica. ¿Qué razon abonaria la actitud de un médico empecinado en aplicar un sistema terapéutico, cuyo fracaso la esperiencia demuestra dia por dia? Nuestro organismo social padece, entre otras enfermedades, de esta plaga del crimen.

Los hombres de Gobierno, deseosos de propender al bienestar de sus conciudadanos, gastan injentes sumas de dinero para combatirla, pero la enfermedad, léjos de curar se agrava. ¿No es esta una prueba concluyente de que la táctica represiva empleada hasta el momento, si no perjudicial, es a lo ménos infructuosa? I no se sigue de aquí la necesidad imprescindible de sustituirla por otra, de relegarla al olvido, el lugar indicado para todas las instituciones humanas que caen derribadas al empuje del progreso?

---

Los juriconsultos que redactaron los Códigos penales actualmente en vijencia, tanto en Chile como en los demas paises civilizados, desconocian el delito como fenómeno natural i desconocian tambien al delincuente. Lo cual es mui esplicable, porque las investigaciones científicas alrededor del crimen i del criminal sólo datan de hace treinta o cuarenta años, i la jeneralidad de los códigos actuales fueron redactados ántes de que se iniciaran estos estudios o, a lo ménos, cuando estos estudios no estaban lo suficientemente avanzados para ser tenidos en cuenta al redactar la lei.

Así, pues, nuestra legislación penal desconoce al enemigo de quien quiere defenderse. Considera el delito como una entidad abstracta, como una simple infracción del derecho escrito; i al criminal, como un individuo normal, intimidable i libre de elegir entre el bien i el mal.

De este concepto, absolutamente metafísico, del delito, de este concepto no fundado en la realidad viviente, deducen estos mismos legisladores un concepto también metafísico de la responsabilidad penal. El hombre, dicen los juristas, es por lo jeneral, libre de elegir entre el bien i el mal; por consiguiente, es responsable de sus acciones. I según sea más o menos libre en esta elección, es también más o menos responsable. De ahí que la lei considere exentos de responsabilidad penal al loco o demente—para emplear sus propios términos— es decir, al individuo en quien se supone que el libre arbitrio no existe, i también al que obra impulsado por estímulos irresistibles, caso en que se encuentran, por ejemplo, el que mata en defensa propia o en auxilio de algún miembro de su familia, el del marido que sorprende a su mujer en adulterio, etc. De ahí también que la lei haya establecido las llamadas circunstancias atenuantes de responsabilidad para los casos en que si el libre arbitrio o libertad moral no ha desaparecido del todo, ha sido, por lo menos, influenciado por circunstancias estrañas.

La responsabilidad penal i, por consiguiente, la pena, debe graduarse, pues, según la mayor o menor suma de libertad moral de que el individuo dispuso al ejecutar el acto criminoso. He aquí la piedra angular de nuestros Códigos penales.

El criterio, señores, es absurdo. Es imposible de realizar prácticamente i representa una tendencia antisocial. Desde luego ¿cómo vamos a averiguar cuál fué la cantidad de libre arbitrio de que un individuo dispuso en un momento dado?

Aventurarse sólo en investigaciones de este jénero, sería manifestar una inconcebible ignorancia.

Todo lo que pasa a nuestro alrededor está continuamente modificando nuestra libertad moral. La voluntad humana es a cada momento atraída por influencias de todo jénero, ya dependen de nuestra constitución orgánica, ya del medio físico i social que nos rodea.

Sabemos, por ejemplo, que en los climas cálidos los delitos de sangre aumentan en los meses fríos i disminuyen en la estación ardiente, i que en los climas templados, por la inversa, estos mismos delitos disminuyen en invierno i aumentan en verano. Lo que es una prueba de que la temperatura ambiente influye sobre la libertad moral de los individuos, puesto que les induce a cometer más crímenes en una estación que en otra. Es también una lei estadística jeneralmente comprobada que en las épocas de escasez, cuando las cosechas han sido malas, aumenta

los delitos contra la propiedad i disminuyen los delitos de sangre, i que en las épocas de abundancia sucede precisamente lo contrario, es decir, que aumentan los delitos sangrientos i disminuyen los robos. Lo que prueba que tambien la mayor o menor carestía de los artículos de jeneral consumo, influye sobre la conciencia de los individuos, ya que modifica la curva de la criminalidad.

Otro tanto puede decirse de las influencias meteóricas. Los directores de las prisiones observan en efecto, segun lo asegura Lombroso (*Le Crime*, p. 13) que los reos se tornan mas revoltosos en la víspera de tempestades i del primer cuarto de luna.

Por lo que respecta al factor étnico, Ferri ha demostrado claramente la influencia de la raza sobre la distribucion del homicidio en Europa.

Sabemos por otra parte que la civilizacion contribuye al aumento de ciertos crímenes, así como hace mas frecuentes ciertas formas de locura, hecho que se esplica por el uso inmoderado de excitantes casi desconocidos de los salvajes i que en los países civilizados han llegado a convertirse en verdaderas necesidades. (*Le crime*, p. 65).

Ademas el progreso favorece la difusion de los periódicos que jeneralmente dedican largas columnas a la crónica del crimen i es del todo innecesario hacer notar la enorme influencia que la lectura de esos impresos ejerce sobre los individuos mas o menos predisuestos al delito.

Tambien son factores criminójenos importantes la mayor o menor densidad de las poblaciones, el grado de instruccion, la edad, sexo i estado civil de las personas i, por último, todo lo que se refiere a la herencia psicológica. ¿I cómo podremos establecer, señores, hasta qué punto las influencias hereditarias modificaron, en un momento dado, la libertad moral de un hombre?

Comprobado lo que deciamos anteriormente, que todo lo que pasa a nuestro alrededor está continuamente modificando nuestra libertad moral, i hemos de seguir creyendo que es aplicable prácticamente el concepto de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio? ¿Cuál seria la obra de un juez que para aplicar cada pena tratara seriamente de averiguar el grado de libre arbitrio de que un individuo dispuso, en el momento de cometer un crimen?, supuesto el caso que hubiera un juez serio capaz de aventurar en esta investigacion.

Habria de comenzar, señores, por un estudio de la jenealogía del individuo con el fin de establecer la mayor o menor influencia del factor hereditario. Habria de continuar examinando la situacion económica i el grado de civilizacion del lugar en que el crimen fué cometido, para comprobar hasta donde los factores criminójenos que de allí provienen, pudieron influir sobre la libertad de los individuos. No podria dejar a un lado las influencias que provienen de la edad, sexo, estado civil, educacion, etc,

del delincuente. Le sería además indispensable consultar termómetros i barómetros i cartas jeográficas para establecer, según la latitud del lugar, la fuerza que pudieron tener en un momento dado como factores criminójenos, las variaciones de temperatura i del estado atmosférico.

Pero aun, señores, cuando todo esto fuera posible, faltaría determinar el rol que pudieron ejercer en las tendencias del individuo las anomalías que dependen de la estructura de su cerebro, cosa que solo podemos conocer por la autopsia. De modo, pues, que para aplicar cada pena de nuestro Código hai necesidad de toda una serie de investigaciones entre las cuales figura la autopsia del reo.....

Pero donde se ve, señores, con caracteres grotescos el absurdo que significa esta concepcion de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio es en el renuncio que los propios lejisladores hicieron de sus principios cuando trataron de establecer la responsabilidad de los ébrios. No hai necesidad de ser determinista para negar al ébrio el libre arbitrio. Uno de los efectos mas visible del alcohol, consiste precisamente en trastornar por completo las facultades mentales, del que le ha injerido.

El ébrio es, desde cierto punto de vista, asimilable al loco. Debiera, por tanto, ser tenido como irresponsable, si no en absoluto, a lo menos, parcialmente. Nuestra lei, sin embargo, ni siquiera les concede circunstancias atenuantes. ¿Por que señores, esta inconsecuencia? Por la única razon de que en el caso de los ébrios los resultados funestos que la aplicacion del criterio de nuestro Código representa para la sociedad, saltaban a la vista. Significaba nada menos que la impunidad de un número considerable de crímenes que en Chile se calcula en un 60%.

Hemos dicho que la aplicacion de los principios jenerales de nuestro Código representa una tendencia anti-social. En efecto, señores, como sólo son responsables ante la lei los que han cometido el acto criminoso en plena posesion de su libertad moral, quedan exentos de ella, i la lei lo declara espresamente, los que obran violentados por una fuerza irresistible.

Ahora, señores, ¿qué significa esto de la fuerza irresistible? Nuestro Código parece empeñado siempre en colocar a los jueces en un despeñadero. ¿Cómo va a saber el juez si un delincuente pudo o no resistir el impulso que le llevó al crimen?

Si el juez es intelijente, lójico i libre de prejuicios, raciocinará como Garófalo, i dirá: impulso resistible es aquel al cual se opone otro mas fuerte; irresistible es el que ha dominado a todos los demas. De donde resulta que el hecho mismo de la accion prueba la irresistibilidad del impulso, pues si éste hubiera sido resistible, la accion no habria tenido lugar». I en tal caso el juez deberia poner en libertad a todos los criminales.

En Italia, agrega Garófalo, en cuyo nuevo Código Penal se ha hecho desaparecer la fuerza irresistible, los jurados la habrian admitido, no sólo

una vez, sino centenas de veces en favor de toda clase de asesinos. Hasta se llegó a aplicar este principio a un sicario pagado para desfigurar a la infiel querida de su amo. Por el mismo principio de la fuerza irresistible han sido absueltos varias veces falsificadores i ladrones. En una palabra, no hai delincuente que no pueda protegerse bajo la éjida de esta fórmula, i si no siempre se ha recurrido a ella en ciertos crímenes atroces, ha sido porque los defensores desconfiaban de encontrar crédito en los jurados. Hai un sentimiento universal que impide tener induljencia para ciertos criminales. Por mas que los juristas declaren que no debe ser castigado el que obra en virtud de un impulso irresistible, los jurados condenarian siempre al asesino cuyo móvil no ha sido otro que la brutalidad, el placer de ver correr la sangre, i en el cual, evidentemente, el impulso es ciego i patolójico. Así tambien condenarán tanto mas severamente al ladron cuantas mas veces haya reincidido. I sin embargo, un ladron de oficio, hijo de delincuente, a quien se ha enseñado a robar desde su primera infancia, que repudiado por las personas honradas se ve en la necesidad de vivir entre criminales; este individuo, privado de todo temor i de toda facultad inhibitoria, sin ninguna posibilidad i sin ningun deseo de cambiar su modo de vivir, ¿no es acaso el espécimen mas perfecto del hombre que no podria resistir al impulso criminal? En semejantes casos la irresistibilidad del impulso no tiene acogida en los jurados i los defensores no se atreven a proponerla. Pero ¿podria ser rechazada en conciencia? Lo que siempre concluye por triunfar es el interes social, que exige que no se deje en libertad a malhechores peligrosos. Para no dejarlos en libertad hai que declararlos responsables, hai entónces que afirmar que pudieron resistir a sus impulsos perversos. Pero ¿cómo resistir, se pregunta Garófalo, si no tienen en su alma ningun buen instinto, ningun amor propio, ningun temor a los hombres ni a Dios? ¿Es necesario ser determinista para sostener que en tales condiciones el delincuente no puede ser sino delincuente?—(Criminalogíe, páj. 304).

Pero dejemos a un lado este principio de la responsabilidad penal derivada de la creencia en el libre arbitrio, i examinemos otro de los criterios fundamentales de nuestro código que, aun cuando no aparece espresamente consignado en ninguna de sus disposiciones, le sirve de norma constante para graduar cada pena.

Tal principio podria formularse en estos términos: la gravedad de la pena debe hallarse en razon directa de la gravedad del delito. Así, nuestro código castiga con una pena mas grave al que ha robado mil pesos que al que ha robado ciento i con pena mas grave tambien al que comete un homicidio que al que comete heridas leves.

A primera vista este principio parece inatacable porque satisface ese sentimiento de justicia retributiva que existe tan arraigado entre los in-

dividuos de la especie humana, inspirados por el cual quisiéramos que todo hombre que comete una acción perjudicial sufra un daño equivalente al que ha ocasionado. Pero este criterio nos merece observaciones muy análogas a las que formulamos al principio de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio; es de imposible realización práctica y entraña un verdadero peligro social. En efecto, señores, si queremos que la gravedad de la pena esté en razón directa de la gravedad del delito, es preciso establecer previamente la mayor o menor gravedad de los diferentes delitos y la mayor o menor gravedad de las diferentes penas. Esta tarea es irrealizable. «Puede existir un criterio moral constante, decía Rossi, para declarar que ciertas acciones son malas; pero no puede existir un criterio moral universal y constante para afirmar que una de esas acciones es más mala que otra». «¿De qué modo, agrega Garófalo, podremos comparar dos hechos heterogéneos como el dolor causado por una herida o una calumnia, la pérdida de un objeto o de la honra? ¿Quién nos dirá cuál es el mal más vivamente sentido, el más irreparable, el más terrible por sus consecuencias?» Y aun suponiendo que pudiera determinarse la gravedad relativa de los diferentes delitos, ¿cómo podríamos establecer en seguida la gravedad relativa de las diferentes penas? «Estas en efecto, dice Brandau, no existen sino en cuanto son aplicadas a alguien, es decir, sino en cuanto originan males sensibles a aquel a quien le son impuestas. Siendo así, una pena será tanto más grave cuanto mayor sea la suma de dolor que ocasione al sujeto sobre el cual recae, y tanto menos grave cuanto menor sea la suma de dolor que le ocasione. Una pena que no causara dolor o sufrimiento alguno al culpado no podría en verdad ser considerada como tal; y por el contrario una pena que ocasionara al mismo individuo un inmenso dolor, sería menester tenerla por una pena gravísima aunque no se compusiera sino de unos cuantos días de calabozo. Lo cual equivale a decir que no hay en sí mismas penas graves, más graves o menos graves; todo dependerá del sujeto sobre el cual estas penas recaigan. De donde se desprende que si hay un factor importante que tener presente en la determinación de la gravedad de las penas, este es precisamente el que nuestra ley olvida, a saber: el hombre a quien en cada caso concreto se trata de castigar. Si no se tiene en cuenta este factor antes que ningún otro, no comprendemos verdaderamente cómo puede hablarse de penas más o menos graves». (Pol. crim. rep.; pág. 173).

Además este afán de regular la pena según la gravedad del daño ocasionado por el delincuente, es la causa de que se hayan creado una enormidad de penas de corta duración, con las cuales no se consigue otra cosa que corromper más a los individuos, porque sabido es que la cárcel es la escuela del crimen, y como se encuentran allí reunidos toda clase de delincuentes, aquellos cuyo delito es la consecuencia del medio deletéreo en que

vivian mas que de sus inclinaciones personales, despues de recibir durante un tiempo el contagio de las prisiones i despues, ademas, de que la justicia ha echado sobre ellos el estigma de criminales, con lo cual se les hace imposible toda actividad honrada fuera de la cárcel, se convierten en delinquentes habituales.

Se ha dicho, señores, que nuestras leyes son las responsables de que se haya formado en el seno de las sociedades modernas la delincuencia con carácter profesional. «La delincuencia, decia Tarde, se trasforma cada vez mas en nuestros dias en una profesion, en un oficio; i lo peor es que el oficio de malhechor se ha hecho un oficio excelente i que prospera, como lo demuestra el crecimiento numérico de la delincuencia, de la reincidencia i de los reincidentes. ¿Qué significa, en jeneral, que un oficio cualquiera marche viento en popa? Por de pronto, que reporta ventajas; despues, que cuesta ménos; por último, i sobre todo, que la actitud para ejercerlo i la necesidad de ejercerlo se han hecho mas frecuentes. Ahora bien, todas estas circunstancias se han reunido para favorecer la industria particular que consiste en despojar al prójimo; las ventajas han aumentado i los riesgos han disminuido hasta el punto de que en nuestros paises civilizados la profesion de ladron, de vagabundo, de falsificador, de quebrado fraudulento, etc., si no la de asesino, es de las ménos arriesgadas i de las mas fructuosas que puede adoptar un perezoso.

---

Creo haber demostrado que la bancarrota de los sistemas penales vijentes de que hablé al principio, comprobado en la totalidad de los paises civilizados, se debe a que los criterios fundamentales de nuestros códigos hacen imposible que la lucha contra el crimen pueda realizarse con fruto. Debemos, pues, abandonar aquellos criterios. Los hombres de ciencia que no discurren como los jurisconsultos, encerrados en las cuatro paredes de su escritorio, sino que observan la vida directamente i razonan sin desentenderse de la realidad de los hechos, han abierto, señores, una nueva era para el derecho penal. Nos han enseñado a conocer el crimen como fenómeno natural, no como una creacion jurídica, i nos han enseñado a conocer al delincuente como hombre que vive, que siente, que roba, que mata.

Existe en la especie humana una variedad de individuos cuya característica esencial es la tendencia al crimen, variedad que habia sido desde antiguo observada por los grandes filósofos i artistas, pero que sólo durante el pasado siglo vino a ser objeto de estudio, dentro del terreno propiamente científico. El actual movimiento de los estudios antropológicos criminales comienza por las investigaciones de algunos médicos carcelarios, de algu-

nos especialistas ingleses i con la obra de Despine i de Lallemand. Pero es a Lombroso, el célebre profesor de Turin, a quien corresponde la gloria de haber creado la antropología criminal, como rama independiente de la antropología jeneral. Los estudios de este eminente hombre de ciencia, a quien Max Nordau señala como una de las apariciones intelectuales mas soberbias del pasado siglo, son el punto de partida de una serie fecundísima de investigaciones alrededor del crimen, inspiradas todas por el mas estricto método positivo.

Esta nueva ciencia nos dice que el criminal, sea por atavismo, por degeneracion o por otra condicion patológica, reproduce verdaderamente los caracteres de la humanidad primitiva. Es un salvaje, un tipo regresivo, inadaptable, por consiguiente, a las condiciones de vida de las sociedades modernas.

No me seria posible, señores, sin llegar a fatigar vuestra atencion, hacer un resúmen, por mas abreviado e incompleto que fuera, de los datos que nos suministra la antropología criminal. Pero es indispensable, sin embargo, ya que ello servirá de base a las conclusiones de este trabajo, decir unas cuantas palabras respecto de las diversas categorías de delincuentes, estudiadas hasta el momento.

Los criminales no son todos idénticos, como lo suponen nuestras legislaciones penales que a todos les aplican las mismas penas, cambiando sólo su duracion. Desde mucho ántes que se iniciaran los estudios científicos de antropología criminal, ya esta diferencia de categorías entre los delincuentes, habia sido observada por los directores de prisiones i médicos penitenciarios. I si de estas observaciones no nos ha quedado una clasificacion, nos quedó a lo ménos la distincion fundamental entre delincuentes habituales e incorregibles i delincuentes de ocasion. Posteriormente son muchas las clasificaciones que se han propuesto i aun cuando todas coinciden en el fondo, como que todas tambien están inspiradas en la observacion directa de los criminales, difieren en los detalles por ser disntintos los puntos de mira que los diversos autores elijen para establecerla.

Nosotros nos ceñiremos en este trabajo a la clasificacion propuesta por el sociólogo italiano Enrique Ferri, que es la que cuenta con mayor aceptacion entre los autores.

Ferri divide los criminales en cinco categorías: criminales natos, locos, habituales, de ocasion i por pasion.

Con el nombre de criminal nato bautizó Ferri al que Lombroso habia llamado criminal conjénito o tipo criminal. He aquí como Ferri le describe: «Son tipos de hombres salvajes i brutales o pérfidos i perezosos, que no distinguen el homicidio, el robo, el delito en jeneral, de cualquiera industria honrada i que son delincuentes como otros son buenos obreros.

Son ellos los que, con los delincuentes habituales, la falanje de aque-

llos que apenas se encuentran en libertad reinciden, eternos pensionistas de todas las casas de detencion, mui conocidos de sus guardianes i jueces, que cuentan sus condenas por decenas i alguna vez por veintenenas, cuando no se trata de delitos graves, i contra quienes el legislador, cerrando los ojos a una esperiencia de todos los dias, se obstina en una lucha inútil i dispendiosa entre las penas que no causan temor alguno i los delitos repetidos sin cesar». (Soc. C. p. 171).

La idea de que un individuo es criminal por tendencia inexorable de su constitucion orgánica i psíquica, despertó señores, en otro tiempo, una franca oposicion que no tenía otro fundamento que el misoneismo de la jente, es decir, ese sentimiento de repulsion que experimentan hacia toda idea nueva i que es tanto mas fuerte cuanto mas francamente esa idea choca con nuestros modos de pensar habituales. Estamos tan acostumbrados a la creencia de que los individuos hacen el mal porque quieren hacerlo que, cuando se nos dice que hai individuos cuya característica es precisamente la tendencia al crimen i que esta tendencia es innata en ellos, experimentamos una gran estrañeza. Pero ahora que cada vez se conocen mejor las leyes de la herencia psicológica i que sabemos que asi como se heredan los rasgos de la fisonomía, se heredan tambien las diversas formas de alienacion mental, no es posible poner en duda que se hereda la neurosis criminal, la tendencia al crimen. Negar la existencia del criminal nato es negar la herencia de los caracteres morbosos.

Pasemos ahora a la segunda categoría de criminales, la de los criminales locos. Hai toda una falanje de desgraciados, dice Ferri, (S. C. p. 167) que están afectos de una forma comun, mas o menos aparente, de locura metal, i que en este estado patológico cometen delitos en ocasiones atroces, por ejemplo; cuando se trata de idiotismo, de mania persecutoria, de mania furiosa, de epilepsia o atentado contra la propiedad i el pudor, en los casos de parálisis jeneral, epilepsia, imbecilidad, etc.

Vienen en tercer lugar los criminales habituales o por hábito adquirido. «Estos individuos, dice Ferri, no presentan o presentan de una manera menos clara, los caracteres antropológicos del criminal nato; pero una vez cometido el primer delito, con alguna frecuencia en una edad mui temprana i casi esclusivamente contra la propiedad, no tanto por sus tendencias innatas como por una relajacion moral que les es propia i a la cual se une el empuje de las circunstancias i de un medio corrompido, verdadero centro de infeccion criminal, con frecuencia tambien, como lo hace notar Joly, animada de la impunidad de que son seguidas sus primeras faltas, persisten despues en el delito, adquieren el hábito crónico i hacen de él una verdadera profesion. (Soc. C. p. 172).

Los criminales por pasion son aquellos cuya vida ha sido sin tacha hasta el momento de cometer su crimen; hombres de temperamento san-

gíneo o nervioso i de una sensibilidad exajerada, a la inversa de los criminales natos i habituales. Tienen un temperamento que participa del del loco o del epiléptico. Ferri nota además, que entre los criminales por arrebató pasional, la causa que los lleva al crimen, es proporcionada al crimen que cometen, i si son condenados no se corrompen en la prision, dando así una prueba de que existen en ellos mui arraigados los sentimientos comunes de sociabilidad.

Queda en fin la categoría de los criminales de ocasion, (Lombroso los llama criminaloides) que no han recibido de la naturaleza una inclinacion activa al delito, pero que caen en él empujados por el aguijon de las tentaciones que les ofrecen su estado personal o el medio físico o social en que viven, i que no vuelven a incurrir en él si tales tentaciones desaparecen (Soc. crim.; paj. 182).

## II

Creo, señores, haber demostrado en el curso de este trabajo que nuestros sistemas penales han hecho bancarrota i que esto no podía ménos de suceder dados los criterios que sirven de base a nuestros códigos represivos. He indicado además, aunque de modo incompleto, las principales conclusiones de la antropología i sociología criminales.

Ahora, señores, para ceñirme al programa de esta convencion, debería «proponer las medidas preventivas i reforma de las represivas que, mas en armonía con el desarrollo alcanzado por las ciencias antropológicas i penales, sirvan mejor a la defensa social», etc. Pero despues de lo dicho hasta el momento se comprenderá fácilmente que tal tarea no es posible.

Si son los criterios fundamentales de nuestro Código los que han servido de blanco a las críticas de este trabajo, no podría, señores, sin dejar de ser consecuente con mis ideas, proponer reformas parciales. Son nuevos criterios fundamentales lo único que os puedo proponer.

Cuando un edificio ha dejado ya de servir al objeto de su destino i amenaza derrumbarse porque están carcomidos sus propios cimientos, es inútil, señores, gastar tiempo i dinero en refacciones de detalle. Hai necesidad de darle ántes que nada, cimientos nuevos, para entónces construirlo sobre bases sólidas. Es lo que ahora sucede con nuestro edificio penal.

Debemos, pues, dejar a un lado el concepto de la responsabilidad fundada en el libre arbitrio i en el daño ocasionado por el delincuente, concepto que sirve de piedra angular al edificio elevado por los redactores de nuestro código. Las razones que justifican este proceder han sido dadas ya en el curso de este trabajo. I debemos ir a otra parte a buscar la base de esta responsabilidad penal, de este derecho de castigar.

Todo organismo viviente lucha por la vida, se defiende. La lucha es la

condicion de su existencia, si no se defiende, perece. Las sociedades humanas como todo organismo están sometidas a la lei de la concurrencia vital i, así como repelen toda invasion extranjera que signifique una amenaza para su estabilidad e integridad, repelen tambien toda tendencia malsana, destructora, que jermine dentro de ellas mismas, porque la lucha es la condicion de su existencia; si no se defienden, perecen. El delincuente no es responsable en razon de su libertad moral, de su libre arbitrio. Es responsable por el hecho de vivir en sociedad i representar dentro de ella un factor anti-social, un factor nocivo.

La pena, entónces, no debe significar un castigo ni debe representar necesariamente un dolor para el criminal; pero debe estar inspirada en el propósito de que el delincuente no pueda repetir su crimen; debe colocar al delincuente en condiciones de inferioridad que le dificulten el ejercicio de su actividad nociva i le convenzan, si es posible, que la vida honrada le es mas provechosa que la vida del crimen.

De aqui se deduce que al criterio de proporcionalidad entre el delito i la pena adoptado por nuestros actuales lejisladores, hai que sustituir un criterio de idoneidad entre el delincuente i la pena.

*Toda medida represiva, toda pena debe ser apropiada a la categoría antropológica del delincuente.* He aquí el primero de los principios jenerales sobre que debe reposar toda lejislacion que pretenda inspirarse en las inducciones científicas. Para un positivista el delito es sólo un síntoma, tanto o mas importante cuanto mejor sirva para determinar la categoría a que el delincuente pertenece.

I a la inversa de cómo miraban el problema los jurisconsultos clásicos, lo importante de determinar cuando un delito se comete, no es la gravedad de ese delito sino la calidad del delincuente, que es el enemigo de quien hai que defenderse, para poder en seguida aplicar el gran principio del arte terapéutico que dice: a la diversidad de males hai que oponer la diversidad de los remedios.

¿Qué logramos, señores, con aplicar penas de corta duracion, atendiendo sólo a la poca gravedad de los delitos, a delincuentes incorrejibles que apenas cumplida la condena, han de cometer forzosamente nuevos crímenes?

¿Es ésta una forma de proveer a la defensa social que es lo que se persigue al dictar leyes penales?

¿Qué logramos, por otra parte, con recluir en una cárcel a delincuentes pasionales o puramente ocasionales, cuando una simple reparacion del daño que hayan ocasionado o el destierro, bastarian para que la sociedad pudiera considerarse defendida, no amenazada i cuando, por el contrario, recluir en una cárcel a esta clase de delincuentes significa, nada ménos,

que hacer nuevos criminales ya que, como se ha dicho tantas veces, la cárcel es la escuela del crimen?

*La indeterminacion del tiempo de la pena es otro de los principios jenerales que hemos de proponer.* No hai necesidad de pensar si no un instante para convencerse de que es un absurdo la institucion de la pena determinada de antemano. Si la pena tiene por objeto defender a la sociedad, impedir que el delincuente ejercite su actividad nociva, ¿cómo vamos a saber de antemano la fecha precisa en que el delincuente se ha corregido i ha dejado por tanto de significar un peligro social? De otra parte, como dice Ferri, si el mayor número de los juristas están ahora de acuerdo para dar la libertad condicionalmente, ántes del tiempo fijado de un modo prévio al condenado cuya conducta parece demostrar que se ha corregido i que ya no es peligroso, se deberia sacar de aquí la consecuencia natural i lójica de que el delincuente no corregido, (i con mas razon el que no es corregible) debe ver su pena prolongada. Si se concede un favor al individuo frente a la sociedad que nada tiene que temer de él, ¿por qué no asegurar una garantía análoga a la sociedad frente al individuo que continua siendo para ella una amenaza i un peligro?

El tercero i último de los principios que han de servir de base a una lejislacion penal científica, es el de *la reparacion de los daños ocasionados por el delito*, medida ésta que no debe ser considerada como subsidiaria de la pena sino como una verdadera pena. Nuestras leyes actuales se olvidan de las víctimas del delito. Como ha dicho mui bien el escritor chileno don Luis Galdames, el absurdo de nuestra justicia, por lo que se refiere a la víctima, dejenera en sarcasmo. «El labrador, por ejemplo, que lamenta el robo de sus cosechas, de sus aperos o de sus bueyes de labranza, gasta mucho mas en la persecucion del malhechor que lo que le cuestan los objetos robados. ¿I todo para qué? Para gozarse en la voluptuosidad del castigo!

Pero este refinamiento no lo tiene él.

Pierde su tiempo i gasta su dinero en una tramitacion dispendiosa i pesada; tiene que acumular pruebas; los testigos le cuestan, de un lado sus viajes i de otra la certificacion del escribano. Prefiere, pues, quedarse en su casa golpeándose el pecho i dando gracias a Dios por haber escapado con vida. Si el bandido cae en manos de los jendarmes no le va a devolver lo que le arrebató ni nada de eso. Va a vivir cómodamente a la sombra, libre de toda preocupacion i de todo afán.

«Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido»

se repetirá con frecuencia si sabe poesías. I no importa que no las sepa;

su espíritu se orientará de esa manera. En tanto el buen hombre trabaja i trabaja a todo sol, hincha sus pulmones, desgasta su sangre i quebranta sus músculos, meses de meses i hasta años de años para rehacerse de sus pérdidas. I como si esto no bastara, paga su contribucion de cuando en cuando para que el Estado arregle cómodamente a su huésped el criminal» (1).

En consecuencia, señores, termino proponiendo a la asamblea el voto que sigue:

«La primera Convencion de la Juventud Liberal hace votos porque la lejislacion penal del pais se inspire en los siguientes principios:

- a) Congruencia entre la pena i la categoría antropológica del delincuente;
- b) Indeterminacion del tiempo de duracion de las penas; i
- c) Reparacion completa i efectiva de los daños causados por el delito». (2).

---

(1) GALDAMES, *La lucha contra el crimen*.

(2) Las proposiciones de este trabajo fueron aceptadas por unanimidad.

## El Estranjero

(Fragmento)

Comparándote, tú, con los humanos,  
puedes concebir otro tú igual entre todos tus hermanos?  
Sentirán lo mismo? Las nubes, el silencio  
vibrarán para todos en el mismo sitio?  
Vibrarán o se harán manifiestos en otro sentido?  
Cuando tú dices esto siento i esto pienso  
i contestan eso pienso i eso siento,  
¿habrá igualdad en el fondo de ámbos pensamientos?

Si cruzo por las calles, soi para todos una cosa vacía  
que ayuda a formar la impresion de la vida;  
soi simple detalle en tu propia existencia,  
soi nueva sensacion en la cual hace presa  
tu alma que vive pasajera...

---

### Ante lo irremediable, roguemos por olvido i por silencio

Oh! si yo pudiera darte  
mi corazon! Tuyo es porque tú impulsaste  
su rítmico latir.  
Te pertenece como las flores  
que plantó tu mano.  
Te pertenece con todo lo que a tu alma  
debe impulso o debe amparo.

Tuyo, yo; pero no tú misma;  
tuyo mi corazon, pero él no alienta  
en tu pecho ni en tu vida!  
De las flores que plantó tu mano  
ninguna te ha dado su color  
que tan sólo por tus ojos resbaló!  
Ninguna te empapará en perfume  
que intanjible en el aire disipó!  
No fundieron contigo su existencia  
no amasaron su carne con tu carne  
las flores! Tuyo es mi corazon; pero no es mi sangre

la que riega tus venas. Tuyas mis palabras  
que el amor me dicta i vierto en tu alma;  
pero no las fuentes de dónde ellas manan!

Si algo nos perteneciera por entero,  
nuestro vivir perduraria eterno!  
Si los graves árboles que solícitos fueron  
con nuestro amor; si los mundos lejanos  
que en una noche de silencio contemplamos,  
entraran en nosotros, moriria nuestro cuerpo  
como parte pequeña de ese todo  
que seguiria viviendo  
en los árboles, en el mar i en aquellos  
mundos lejanos que míranse en silencio!...  
I yo seguiria viviendo en tí, no en recuerdo,  
sino en dolor, en ansias, en secretos,  
en la sombra invisible de mi cuerpo  
que, unido al tuyo, por siempre llevaria  
esa absoluta entrega de mi vida.

Pero no se puede! No lo puedo yo!  
Nadie lo puede! Es ríjida  
la senda establecida:  
«Tú vivirás tu vida; las ajenas  
las verás vivirlas  
a veces como un juego a tus ojos ofrecido,  
otras, como rocas impasibles que rodean a tu playa  
i a las que nunca amasarán tus aguas».  
«Agua, la propia; rocas, las ajenas.  
A tan diversa consistencia alcanza  
el juicio por la tuya i por sus almas!»

Puedo hacer la entrega de mis versos;  
la entrega de mi mismo, yo no puedo!

I dí, tú, que verás en ellos,  
adorada mujer? ¿Los verás completos?  
No habrá un detalle a tu modo de sentir ajeno?  
Me crearás un loco? Sufrirás viéndome envuelto  
en un dolor que no adivinas por entero?

Mujer, roguemos por olvido i por silencio!  
Lo que quisiera daros, yo no puedo!  
Mujer, porque venga a mi el olvido i el silencio, roguemos!



## Las Escuelas del Bosque

---

### Los orígenes

Este librito, de Leopoldo Palacios, me sujere mil hermosos temas. Conocía ya sus capítulos, ántes artículos de revistas o de periódicos; pero ahora he vuelto a leerlos, repasando antiguas impresiones gratas. Ayer todavía, sentado en medio del campo, bajo una encina del espléndido Pardo, tan silencioso, solemne, diáfano al sol, un sol de invierno, con un cielo sin nubes, leía con especial deleite uno de los capítulos de «Las Universidades Populares». No podía darse nada mas en consonancia con el sitio. «Las Escuelas del Bosque» se titula el trozo del libro en que me detuve mas tiempo en mi lectura. I no es que el capítulo fuese largo; seis pájinas escasas; pero al hacerlo no podía ménos de pensar en lo que este gran bosque, este magnífico encinar al pie de Madrid, podría representar en la rejeneracion pedagógica de España. No quiero, lector amable, trasladar aquí las fantasias que en aquellos momentos de reflexion libre, mejor i mas exacto, de verdadero desenfreno imaginativo, hube de permitirme; cuesta tan leve esfuerzo dejarse llevar por un ideal, cuando éste no pasa de ahí: de la pura esfera del fantasear sin medida! Mi propósito será hoi mas concreto. En medio de las «construcciones» en que me ví comprometido, al trasformar, por arte májico, el encinar magnífico, en una especie de ciudad universitaria, sin cortar un árbol; poblándolo de alegres pabellones, de soberbios campos de juego... a veces, bajaba modestamente la proyeccion fantástica, i me daba por mui contento, con «destinar» algunos pequeños lotes de esta gran finca de recreo i solaz, a instalar unas cuantas «escuelas del bosque», de éstas precisamente de que nos habla con calurosa elocuencia Palacios.

«¡Las escuelas del bosque!» De ellas quiero hablarte, lector, de ellas sólo. Imaginémoslas ahí, en el Pardo; a dos pasos de este Madrid; a dos pasos de distancia real, a centenares de leguas por el contraste. Es, quizá, este uno de los mayores encantos de la hermosa finca; a catorce kilómetros del centro de Madrid, de la Puerta del Sol, tiene todo el aire de un bosque, sin afeites, sin artificios: rudo, agreste, apartado, lejano, perdido cerca de la sierra. ¿Dónde encontrar situacion mas admirable para instalar unas cuantas Escuelas del Bosque?

Madrid las necesita con urjencia i apremio. Madrid, como todos los grandes centros de poblacion, i mas que muchos, tiene su enorme contin-

jente de niños pobres, amiseriados, raquíticos, enfermizos, que se mueren al primer soplo, minados por la eserófula.

En todas partes son estos niños una preocupacion constante de la Escuela, que siente cada día con mas intensidad su deber social i que no contrae su funcion a la pura enseñanza indiferente, sino que ensancha constantemente su accion rejenadora, en lo moral i en lo físico.

Las «Escuelas del Bosque» son, en definitiva, una manifestacion, de las mas eficaces i simpáticas, de esa expansion atractiva de la primera enseñanza. I mas que esto, representa un momento mui interesante en la actual evolucion de la instruccion primaria.

¡Ah, repito, qué admirable papel podrian desempeñar estos encinares, estos i todos los campos limpios, de aire puro, que rodean a la capital de España!

Las «Escuelas del Bosque» vienen al proceso pedagógico moderno, como una prolongacion de las colonias escolares, i una vez establecidas i probadas, aspiran a ser las únicas escuelas para todo.

Palacios nos da cuenta de cómo surjen las «Escuelas del Bosque»; veámoslo. Luego añadiremos cómo se convierten en las escuelas ideales de una aspiracion pedagógica jeneral.

Ninguna persona culta ignora, de seguro, el movimiento de las llamadas «colonias escolares de vacaciones». Alguna vez hemos hablado de ellas reseñando especialmente la historia i la accion de varias de las organizadas entre nosotros. No hace mucho se publicaba en Francia un libro de M. Louis Delpérier, sobre «Les colonies de vacances», en el cual se da cuenta de las manifestaciones de este gran movimiento en todos los pueblos. Es tan jeneral el interes, que se celebran congresos para tratar de sus problemas.

«Hoi, dice M. Delpérier, casi todos los que se ocupan algo de cuestiones i de obras sociales, aunque sólo sea leyendo un periódico, tienen una idea, mas o ménos clara, de las colonias de vacaciones; muchos se interesan por ellas; todos, a lo ménos, saben que no son las jentes de los colejos los únicos que gozan del placer de las vacaciones al aire libre, sino que lo comparten con los niños ménos favorecidos por la fortuna, i a los cuales el mar o la montaña son mas necesarios. En el momento presente, las colonias de vacaciones reciben niños de los diferentes barrios de nuestras ciudades; las obras filantrópicas encuentran en ellas remedio mas seguro de atraer, hácia su paternal solicitud, la infancia obrera; la prensa defiende ante el público la causa de las colonias; en suma, hállanse ya en situacion eminentemente próspera, i un congreso celebrado en Burdeos, en Abril de 1906, ha demostrado su vitalidad i consagrado el triunfo que tan fácilmente han conseguido».

Pero ¿i cómo se esplica este éxito relativamente tan rápido i tan uni-

versal de las colonias de vacaciones? M. Delpérier confirma, con su estudio i su experiencia, un juicio que yo, por mi parte, habia formado como resultado de observaciones i de una experiencia personales. «Para explicar el rápido éxito de las colonias de vacaciones, basta conocer su principio», dice el citado escritor. I yo añadiré: basta haber visto funcionar una colonia—bien dirigida, claro es.—Yo he visto la nuestra, de Oviedo: la organizada por la universidad; he visto la colonia modelo sostenida en San Vicente de la Barquera (Santander) por el Museo Pedagógico Nacional, i las que todos los años envia al mismo sitio, a su casa, la corporacion de antiguos alumnos de la Institucion libre de Enseñanza de Madrid. I soi un entusiasta de las colonias de vacaciones. Pocas obras de pedagogía social conozco tan eficaces, tan excelentemente eficaces.

«Las colonias de vacaciones, escribe M. Delpérier, tienen por objeto arrancar, durante el verano, a los niños pobres, de la atmósfera malsana de las ciudades; pertenecen, pues, a la categoría de las obras cuyo fin es acercar al hombre a la naturaleza. Ahora bien, esas obras están siempre seguras de lograr rápidamente resultados fecundos, porque responden a un instinto primordial de la naturaleza humana...»

No hai duda: el secreto del triunfo jeneral de las colonias de vacaciones, está en eso; responden a una necesidad esencial del hombre; i procuran el medio mas adecuado para crear un ambiente atractivo, excitador, donde pueda desarrollarse una accion educativa verdaderamente elevadora.

Fíguraos el efecto que puede i debe producir, en el grupo de niños recojidos en los barrios mas pobres, de la vida hacinada, sin luz i entre el polvo, el viaje alegre al campo, al mar, a la fresca playa; ¡qué disposicion mas adecuada la de su espíritu regocijado, para recibir el impulso de una sujestion moral, i el influjo educador de un maestro!

Porque bien sabido es que en estas colonias de vacaciones se persigue algo mas que el alivio del cuerpo; ellas son una prolongacion de la escuela; son como retoños de la escuela, que aspira a completar por un lado la accion benéfica de su mision educadora.

De ahí que no deba encomendarse la direccion de la colonia escolar al primero que llega. Pide la tarea una vocacion i hasta una preparacion especial. No hace muchos dias lefamos en «L'Éducateur Moderne», de Paris, las conclusiones de la «Société belge de Pédotechnie» sobre la «Escuela al aire libre»—de que hablaremos—i entre ellas figura ésta que señala mui bien el interes pedagógico de las colonias: reclama la sociedad citada que haya «maestros» i maestras adscriptos de una manera permanente a las residencias escolares, los cuales han de tener a su cargo la tarea de la organizacion de las colonias, a fin de contribuir tan completamente como sea posible a la educacion i a la instruccion de los niños durante el período de su estancia en el campo o cerca del mar». La colonia escolar debe, en

efecto, ser obra en la que colaboren el maestro i el médico; así pide también la «Société belge» que «los colonos estén sometidos a la visita diaria del médico, el cual dará las indicaciones necesarias en cuanto al régimen a que deban acomodarse los niños».

Pero la acción de las colonias de «vacaciones» tiene un grave defecto: es temporal, i por ende de efectos muy limitados; aunque en ellas se ejerza una acción intensa, ésta se disuelve i se pierde; quizá el beneficio fisiológico persista: llega a veces en un instante «crítico», en un momento decisivo, i los veinte o treinta días de aire, luz, alegría, juego i buena alimentación, hacen una fecunda labor reconstituyente. Pero el otro beneficio, el moral... ese, se debilita inmediatamente, se disipa al contacto de un medio —el medio anterior—enervante, cuando no activo, pero en sentido radicalmente contrario.

«Harto conocidos son, dice Palacios, los beneficios que las «colonias» i aun las «semi-colonias de vacaciones» procuran a los niños de toda clase, sobre todo a los desvalidos, a los débiles i enfermos. Mas quienquiera que se mezcle, por poco que ello sea, en este género de obras, conoce desde luego sus penurias. Las estancias necesariamente han de ser cortas. ¿Cuándo alcanzan a un mes siquiera, si los niños tienen que seguir sus estudios i sus mismas familias los reclaman a su lado?... I no se cuente lo caras que son i lo difíciles. Los veinte días de sol i de aire embalsamado, de alegría, de frescura i de goce espiritual, ¿en qué se convierten a poco en el ambiente tenebroso de las grandes ciudades?...»

La misma idea se ve espuesta en las últimas páginas del libro de M. Delpérier.

«Hemos visto, dice, que en opinión de todos, tres o cuatro semanas al aire libre fortifican considerablemente el organismo del niño. Pero, ¿no es de temer que este efecto no resulte, en parte, destruido al volver a la atmósfera viciada de la ciudad, en la sala de clase caldeada con exceso, o en el tugurio familiar? Además, como la organización de las colonias escolares es bastante costosa, el número de los niños que pueden aprovecharlas es mínimo, con relación a la población escolar.» I cita M. Delpérier la proporción indicada refiriéndose a París. «Puede valuarse, escribe, la población escolar de las escuelas municipales de París, en 147,600 niños. Ahora bien, solo 20,650 se benefician con esas colonias.» ¡Ya quisiéramos, en Madrid, alcanzar una proporción aproximada!

Pero aun lográndola, aun realizando los esfuerzos de Berlín i de otras poblaciones alemanas, quedará siempre en pie el problema que dejo apuntado.

La colonia de vacaciones es costosa; no puede recoger en sus filas toda la población escolar necesitada. Además, i esto es quizá lo más grave: la «Colonia de vacaciones» es temporal; su acción, por intensa que sea, tiene que ser efímera.

¿Cómo resolver entónces el problema?

«Hombres eminentes, dice M. Delpérier, han coincidido en precognizar los complementos i las prolongaciones de la colonia de vacaciones durante el resto del invierno, complementos que pueden, en una cierta medida, hasta reemplazar las colonias de vacaciones para los niños que no han podido aprovecharse de estas últimas».

Aquí mismo en Madrid, se procura completar la accion de la colonia, en su relacion educativa i moral. Así, por ejemplo, los sostenedores de algunas de las colonias de vacaciones organizadas bajo el influjo del Museo Pedagógico Nacional, continuan ocupándose, con los colonos, durante el invierno; los reunen los Domingos, los llevan a visitar los Museos, los conducen al campo en alegre escursion.

Pero eso es poco: el problema arriba planteado tiene mas jeneralidad. Abarca, sin duda, este aspecto del cuidado del colono, despues de la vacacion estimulante; pero entraña esta derivacion jeneral que supone la necesidad de trasformar la accion de la colonia, de «temporal» que es, en «permanente»; de «intermitente» en «constante».

La «Société belge de Pédotechnie», ántes citada, señala una orientacion a la estension expansiva de las colonias de vacaciones, en algunas de sus conclusiones.

«Las colonias de vacaciones, se dice, se prolongarán para ciertos niños, que designarán los médicos de las escuelas», i se añade en otra conclusion: «los niños convalecientes serán enviados en colonia durante el curso del año escolar, por un período que se determinará por el médico de las escuelas».

Pues bien, respondiendo mui especialmente a esta preocupacion de lo limitado del influjo de las colonias de vacaciones, nacen las «Escuelas del Bosque»: están éstas en la corriente que suponen las conclusiones de la «Société belge»: son las «Escuelas al aire libre».

«Los amigos del niño, escribe oportunamente M. Delpérier, han pensado que seria quizá fácil hacer que la naturaleza presida la formacion intelectual del hombre, trasladando la escuela al campo. Alemania ofrece modelos especialmente interesantes de esas «Escuelas al aire libre»; son las escuelas del bosque de Charlottenburgo, de Mulhouse i de Leipzig.» El mismo enlace que M. Delpérier lo establece Palacios, entre la Escuela del bosque i la colonia de vacaciones. Al fundar Charlottenburgo, en 1904, su famosa «Waldschule», se quiso evitar el defecto revelado en la práctica de las colonias de vacaciones.

«En 1904, escribe nuestro amigo, el municipio de Charlottenburgo debia enviar en colonias a 831 niños—el 4 por ciento de la poblacion escolar—i era menester hacer algo nuevo, especial, para los mas necesitados. Notábase que estaba a punto de cuajar una idea, que mas que en las cabezas jerminaba en los corazones hacia muchos años, que el doctor Baginski

habia propuesto en 1881, ya despues de suscitada en el congreso de hijiene escolar de Dresde, al municipio de Berlin para ensayarla en Grunewald. Ahora adquiria carne i sangre en las conferencias que los médicos de las escuelas celebraban con los delegados de la ciudad en el Consejo escolar: iba a tomar forma.

I la tomó, en efecto.

El 9 de Junio del año citado de 1904, el Consejo municipal de Charlottenburgo aprobaba el proyecto de establecimiento de una escuela en las cercanías de la ciudad i votaba un crédito de 32,000 marcos para atender a los gastos de instalacion—pabellones desmontables i anexos.—«La escuela, dice M. Delpérier, está a 3 kilómetros i medio del centro de la ciudad, sobre un alto cubierto de bosque del West-End» en terrenos cedidos grátis durante unos años, por la compañía de inmuebles propietaria de ellos...

Está la escuela destinada, de una manera especial, a los niños enfermos i hállase abierta gran parte del año.

Es la colonia de «vacaciones»; pero sin período fijo; es el sanatorio escolar.

Todas las mañanas el tranvía conduce a los escolares desde la ciudad al bosque, hasta cerca de la escuela: la administracion de la misma está a cargo de la Asociacion patriótica de las mujeres alemanas que han fundado i sostienen i dirijen los sanatorios para tuberculosos de la Cruz Roja, correspondiendo la direccion pedagójica de la escuela al doctor Koppen, ausiliado por una profesora i dos maestras ayudantes...

Pero me falta ya el espacio para esponer el réjimen de esta escuela del bosque i para historiar el desarrollo de su idea. Será preciso insistir en otro artículo: el tema lo merece. Porque, como he indicado, estas «escuelas del bosque i las colonias de vacaciones» influyen ahora, con cierta fuerza, en la orientacion de la pedagogía primaria, acentuando su penetracion con la naturaleza. Es, en verdad, curiosa esta accion i reaccion de influjos. Surjen las colonias de vacaciones como un réjimen excepcional i temporal para los niños débiles de los grandes centros urbanos; ¡habia que llevar esa infancia triste unos dias al campo! viene la escuela del bosque a complementar la colonia de vacaciones: ¡era preciso que esos niños tristes disfrutasen de la naturaleza mas tiempo...!

I se pregunta: ¿pero es que sólo los niños débiles deben gozar del campo? ¿no merecen igual favor todos los niños? ¿será una locura pensar en que la mayoría de las escuelas sean escuelas del bosque? «¿no conviene, pregunta la «Société belge», comprender a todos los niños en una misma solicitud i poner en prevenir el mal tanta devocion, por lo ménos, como se pone en repararlo?»

De esta funcion transformadora del ideal pedagójico de las Escuelas del bosque se tratará otro dia.

---

## Maese Salomon (\*)

### En Paris

Aquellos que en los últimos tiempos hayan pasado por Paris, habrán visto, de fijo, en el tablado del teatro Olimpia al guapo Maese Salomon enfundado en un frac de última creacion, luciendo una chistera de ocho reflejos, una réjia capa española de color de aceituna zapatos charolados, elástico junquillo, monóculo, cadena i prendedor i anillo. En suma, un Jorje Brummel.

Noche a noche las jentes se estrujan, riñen, gritan, codéanse impacientes por ver ese portento de habilidad i gracia.

Fumando un rico habano, sus miradas espacia por sobre el vasto público que lo examina atento. Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento de elegancia se ajusta el monóculo al ojo i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo de la tímida jóven blanco de sus miradas... El público celebra i un trueno de palmadas acoje las ardientes miradas de pasion que lanza a la muchacha Maese Salomon.

Maese ama las bellas mujeres; sus ojillos vivaces, ante ellas toman estraños brillos.

Maese ama la música, la danza, las danzantes... Ama las actitudes graciosas, insinuantes de las morenas i ama las lánguidas posturas de las rubias. Maese... tiene ideas impuras.

Poco a poco se llega junto a las bailarinas i se encoje i se tuerce i hace muecas divinas. Maese ama el champaña...

---

(\*) Del libro «La Jornada», próximo a publicarse.

Ello es que Salomon  
 ha olvidado su Selva. La Civilizacion  
 tiene tambien sus zarzas que atrapan al que pasa  
 i sus lianas que tejen un red que embaraza  
 la marcha del viajero; i tambien tiene fieras  
 de aguda zarpa i víboras venenosas, arteras  
 i pantanos infectos i mosquitos zumbones  
 i reptiles i arañas i otras mil bendiciones...

I fué así que atrapó a Maese Salomon  
 en sus monstruosas redes la Civilizacion...

### El misterio de la pieza vacía

¿Tras de qué peripecias estrañas i admirables  
 Maese Salomon volvió a las insondables  
 selvas de donde un dia, siendo un niño inesperto,  
 saliera en compañía de un frances hácia el Puerto,  
 para de allí embarcarse con rumbo a la Pallice?

Aun es un misterio. La crónica no dice  
 de qué maravillosa manera Salomon  
 volvió al bosque nativo despues de una excursion  
 de años i años por tierras de Europa.

El caso es  
 que una buena mañana monsieur Paul,—el frances  
 que lo hizo abandonar la Selva i que desde ese  
 día se dedicó a exhibir a Maese,—  
 halló vacio el lecho de su pupilo i luego  
 ni rastros de él. En balde monsieur Paul puso en juego  
 todas sus facultades para ver si podia  
 comprender el misterio de la pieza vacía.

Paróse, en vano, al medio de aquel desvan estrecho  
 i todo fué observándolo, desde el piso hasta el techo.  
 Sólo habia una puerta cuya gran cerradura  
 aseguraba él mismo i allá arriba, a la altura  
 del cielo, una ventana como un respiradero  
 por donde fácilmente pasaria un jilguero,  
 pero difícilmente un bicho en cuatro pies

—¿Por allí?—fué al principio lo que pensó el francés. Reflecionó en seguida i vió lo impracticable de una fuga por esa ventana miserable. El tal desvan trepaba por sobre un sexto piso i ya vereis qué salto mortal era preciso para llegar abajo.

I pensando, pensando se quedó monsieur Paul, i el día de San Blando llegará sin que logre, ni despues de ese día, comprender el misterio de la pieza vacía...

### El regreso

El Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detras de la Selva sombría i sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las altas copas de los robles jigantes, trazaban los Milanos sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que oscurecía el verde color de los follajes; i de aquel antro enorme, profundo, los salvajes ruidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando la nerviosa Pantera i el Tigre formidable i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta, cuando por un atajo, con gran precaucion, llegó a la oscura Selva Maese Salomon.

A pesar de que habian corrido tantos años desde que él emigrara, no le fueron estraños los secretos del bosque, i abrochándose el frac para hallarse mas cómodo, en ménos de un ti3-tac saltó i encaramóse sobre una gruesa rama, pues temia internarse i caer en la trama de algun habilidoso i hambriento vagabundo.

I a poco, el buen Maese cojió un sueño profundo.

### El asombro de la selva

Durmió, durmió... i al alba lo despertó el intenso rumsar de la Selva convertida en inmenso concierto de cantantes.

Despertó, miró abajo, luego arriba, i tratando de ensayar un trabajo fácil para él antaño, saltó de rama en rama, i entre los animales que andaban cerca, es fama que nunca vió la Selva mas cómica figura que la de Salomon viajando a esa altura.

La marcha era algo incómoda en tales condiciones. A lo mejor un gancho cojió los pantalones del buen Maese i ¡zas!... El tiron fué tan rudo, que a poco mas se queda el viajero desnudo.

Detúvose éste entónces, consideró el perjuicio, i tras prolijo exámen, temiendo otro estropicio, se dejó resbalar por el tronco hasta el suelo i se fué por la orilla de un alegre arroyuelo.

Cuanto sér halló al paso se quedó confundido contemplando a aquel raro bicho desconocido. I en verdad, lo que mas llamaba la atencion era la indumentaria del guapo Salomon.

Ello es que fué el asombro tan extraordinario, que todo el bosque fuese tras de aquel perdulario i a gran distancia en torno solamente se oian las carreras de aquellos que en tropel acudian.

Todo lo que la Selva contiene de animado se puso en marcha. Todo; desde el mas ponderado de sus habitantes hasta el mas miserable. Desde el viejo Elefante de porte inmensurable hasta el Pulgon minúsculo; desde la gran Serpiente Piton, hasta el Gusano; desde el Leon insolente

de aterradoras fauces hasta el Pájaro Mosca que parece una joya con alas; desde la hosca Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel torrente de vida, por la orilla del alegre arroyuelo siguió tras Salomon, a quien tamaña escolta metía en aprension.

### El discurso

Al fin paróse en medio de un claro i su mirada recorrió a toda esa muchedumbre asombrada, que cual la Selva misma parecia sin fin. Hizo luego un estraño i cómico mohin, ajustóse el monóculo, se empinó cuanto pudo i lanzando un chillido prolongado i agudo, dijo así, mas o ménos:

«¡Oh Pueblo de la Selva!

No estrañeis mi presencia, ni os asombre que vuelva trajeado de este modo. Vengo de una comarca maravillosa, espléndida. Cuanto la Selva abarca resulta pobre cosa comparado con esa rejion encantadora, cuya enorme belleza no sabia pintaros. El Hombre, ese enemigo dueño de la Flor Roja que arde, fué mi amigo. Porque yo vengo, hermanos, de la rejion lejana donde habita la noble i vieja estirpe humana. Yo viví entre los hombres, conocí sus costumbres i os digo que su imperio se estiende de las cumbres a los abismos. Todo, todo lo han conquistado: la Tierra, el Agua, el Aire...»

Aun no habia acabado

Salomon su discurso, cuando toda la Selva prorrumpió en alaridos: ¡«Echadle! ¡que se vuelva donde el Hombre!» habló el Oso.—¡«Matémosle!»—propuso la Hiena.—«¡Reventemos los ojos al intruso!» dijo el Cuervo.—«¡Rompámosle los huesos! Fué el amigo del Hombre!» gruñó el Tigre.—«¡Comámosle en castigo!»—chilló el Chacal sangriento i el Leon en un ronco

i espantable rujido que hizo tronco por tronco temblar el Bosque inmenso: «¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»—gritó i el mismo grito lanzó la Selva entera.

Salomon vió cercano su fin i de improviso, rápido como el rayo, se encojió, saltó, se hizo casi invisible en fuerza de correr; i entretanto que el Pueblo de la Selva reia del espanto de aquel cobarde, el ágil Maese Salomon proseguía su fuga como una exhalacion.

### Las crueldades del bosque

Vagó por la espesura durante el dia entero. Recordando los hábitos de su estado primero trepó a los grandes árboles en busca de bellotas—que son, segun las crónicas, desde edades remotas el preciado alimento de todos los Maeses.—Casólas con cuidado i así, como otras veces, las mordió haciendo jestos; pero las halló duras, desabridas, i entónces pensó en las confituras de Paris, i el recuerdo lo llenó de tristeza.

Se sentó en una rama, reclinó la cabeza contra el tronco i, meciéndose con las piernas colgando, se puso a meditar en esos tiempos, cuando vivia entre los hombres.

Una brisa cargada de olor a sávia hacia moverse la elevada ramazon, i Maese, con aquel movimiento, poco a poco era presa de un adormecimiento delicioso. Tambien el Bosque se dormia bajo la gran mirada del sol de mediodía que, al traves del follaje ondulante i sonoro, sondeaba la honda Selva con sus hilos de oro.

De súbito, una lluvia de nueces i avellanas turbó el profundo sueño de Salomon. Cercanas risas rodaron entre las hojas, i crujidos de ramas que se tronchan, i toses i aullidos.

Era una alegre ronda de aventureros monos que, con agudas voces de discordantes tonos, espresaban la mas profunda admiracion ante la estraña facha del pobre Salomon.

Este, al oir aquella formidable algazara, quedóse atentamente inmóvil; por su cara jesticulante i cómica, pasó como un reflejo de luz; miró a los lados, estiró el entrecejo i, tendiendo a lo alto sus espresivas manos, exclamó en un arranque supremo: «¡mis hermanos!»

Otra lluvia de nueces i otro coro de toses i de risas, i un nuevo rumorear de roces fué la contestacion a aquel grito de amor...

I los monos siguieron su alegre ronda por las rejiones arbóreas, brincando entre el follaje como una loca banda de demonios en viaje.

Lentamente Maese dejó caer los brazos i echó sobre su traje, que ya se iba en pedazos. una larga mirada...

### La tempestad

La brisa se hizo viento i el viento fué soplando cada vez mas violento. Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos; oscilaban los troncos exhalando jemidos; doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo i, proyectando sombras enormes, por el cielo galopaban las nubes, como una gran manada que atropelladamente corriera, fustigada por el látigo de oro del rayo.

Graves, lentas, cayeron las primeras gotas i las sedientas hojas las absorbieron rápidamente; luego, tras un cálido instante de profundo sosiego,

rodó el ronco rujido del trueno, abrió su ancha flor de luz el relámpago, i, como una avalancha, que se resuelve en hilos de sonoro cristal, sobre el Bosque su manto líquido i musical tendió la lluvia.

En tanto, Salomón, guarecido bajo el follaje espeso, contemplaba aturdido el chorrear de los árboles i la alegre caída de la lluvia que ondeaba como un velo, impelida por la fuerza del viento. Se cargaba el follaje de agua, i entre las hojas i por el varillaje se escurrian los chorros, de modo que Maese mojábese lo mismo que si al raso estuviese.

Cuando pasó la lluvia, cuando se hubo alejado la manada de nubes i en el Bosque lavado brilló el sol nuevamente, arrancando fulgores a las húmedas ramas i a las perladas flores, Salomon torpemente se levantó i se puso de nuevo en marcha, todo pensativo i confuso.

El empapado traje pesaba sobre él como si la liviana tela se hubiese hecho de plomo. Las ramas se tronchaban bajo su peso i hubo momentos en que el pobre Salomon se sostuvo sólo por un prodigio sobre el profundo abismo.

Hasta que, fatigado, se replegó en sí mismo, se acurrucó en el cruce de dos ramas colgantes i mui triste quedóse meditando

Distantes surjian las canciones del Bosque; pero ahora ya para él la Selva no era la encantadora patria de sus amores; ya la Selva no era para él la querida patria en la cual pusiera todas sus esperanzas. Ahora estaban llenos sus cubiles de fieros enemigos; venenos, en vez de miel, brindaban los bosques al proscrito i el Pueblo Libre odiábalo como a un sér maldito.

### La caída de Salomon

Salomon meditaba, mientras de la distancia traíanle las brisas, junto con la fragancia, de los prados, el eco de las nuevas canciones de Primavera.

Entonces un mundo de visiones desfiló por su mente calenturienta. Hermosas mujeres enarcaban sus formas lujuriosas bajo las transparentes gasas de los vestidos, i riendo ofrecíanle sus labios encendidos.

Salomon incorpórase i su mirada espacia por el verde follaje, que lo examina atento. Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento de elegancia se ajusta el monóculo al ojo i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo de la cándida flor, blanco de sus miradas...

En tanto, el Bosque aplaude con rumor de palmadas.

Mas, de pronto la rama donde está Salomon jime i se rompe. Un grito de espanto i afliccion se ahoga allá en el fondo del abismo ondulante. Luego, el silencio... Luego, una cancion distante. Luego, otra. I otra... I otra... I otra. Hasta que al final toda la Selva entona su Himno Primavera!

### El Hallazgo

El sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detras de la Selva sombría i sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las anchas copas de los robles gigantes los Buitres estrechaban sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que oscurecía el verde color de los follajes

i de aquel antro enorme, profundo, los salvajes  
rujidos de las fieras se escapaban rodando  
de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando  
la nerviosa Pantera i el Tigre formidable  
i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable  
de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta  
en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta,  
cuando un Oso que hacia su nocturna escursion  
tropezó en el cadáver del pobre Salomon.

—¡Un hombre!—gritó el Oso, i a su voz acudieron  
todos los de la Selva. Se acercaron, olieron,  
sacaron aquel ríjido cuerpo de la enramada  
i en medio de la noche rodó una carcajada  
formidable, estruendosa, que retumbó en el seno  
del Bosque con el ronco rumor de un largo trueno.

Sobre la hundida cuenca de aquel sér sin fortuna  
rebrillaba el monóculo a la luz de la Luna...



## La psicología política<sup>(\*)</sup>

---

### Las persecuciones relijiosas

Los odios relijiosos constituyen una de las numerosas causas de los progresos de la anarquía social en Francia. Impelido por ardientes sectarios, el Gobierno ha entrado, desgraciadamente para él, en esta faz de las persecuciones relijiosas que jamas han aprovechado a nadie. Por lo demas, ella acusa una ignorancia completa de la psicología i de la historia.

Estas persecuciones se han manifestado principalmente por la lei de separacion de la Iglesia i del Estado i por la de espropiacion de las congregaciones.

El odio ciega siempre. En verdad, sólo una obcecacion ha permitido que se vote esa lei de la separacion, cuyo objetivo primordial era el despojo de los modestos emolumentos con que el clero se mantenía. Sin embargo, el resultado sera otro mui diferente.

En efecto, no es posible concebir otra medida que encarne mas peligro para la República. El clero ha hecho mal en lamentarse, pues ella le ha concedido una libertad i habrá de darle un poder que el mas católico de nuestros reyes no habría tolerado jamas. ¿Es posible idear una medida mas inoportuna que la de sustraer al clero de la autoridad secular, permitiendo que el Papa nombre a los obispos, elejidos ántes de hecho por el Gobierno, que los tenía entre sus manos gracias a esta eleccion i a los emolumentos que les dispensaba?

I nada mas torpe que la mezquina persecucion de los miembros del clero, espulsados de sus presbiterios i privados de sus medios de subsistencia. ¡Cuánto mas intelijente la conducta del Gobierno aleman en Alsacia! Secundado por el clero (1), este Gobierno ha emprendido la conquista moral del pais.

Se necesitaban mui pocos esfuerzos para plegar a la República a un

---

(\*) Véase Bibliografía.

(1) A quien colma de consideraciones en lugar de perseguirlo, aumentando considerablemente sus sueldos.

clero pobre, sin opiniones políticas que defender. Cegados por nuestro imprudente fanatismo, hemos procedido en contra de nuestros mas evidentes intereses. Los poderes morales no se combaten con violencias. Es esta una verdad tan elemental que deberia enseñarse en la escuela primaria.

En cuanto a las leyes de espropiacion de los bienes de las congregaciones, no sólo fueron torpes i de una iniquidad salvaje, sino que en su concepcion se trasluce una incapacidad prodijiosa para comprender ciertas nociones de equidad.

Ellas han demostrado tambien hasta qué punto las leyes inmorales jeneran la inmoralidad en aquellos que las aplican.

Todos saben que el orijen de estas leyes fué el designio de apoderarse de los mil millones, cantidad en que se calculaban las riquezas de las congregaciones, para distribuirlos en parte entre los obreros en forma de pensiones con el fin de conquistarse sus sufragios. El único resultado que se obtuvo ha sido el de conquistarse su odio, pues los mil millones se desvanecieron mui luego. La liquidacion final apénas si producirá una decena de millones i la operacion será completamente desastrosa, puesto que ahora habrán de ser de cargo del Estado las innumerables obras de asistencia mantenidas por las congregaciones con sus propias entradas.

Las únicas personas que algo han ganado con la operacion son los liquidadores i los especuladores. En ella se realizan fortunas brillantes, i el principal autor de esta lei, M. Combes, tuvo razon al reconocer, en una entrevista, que su ejecucion fué un verdadero saqueo.

Las cifras presentadas en su informe al Senado por M. Regismanset arrojan la mas triste luz sobre esta tenebrosa aventura. A algunos liquidadores se les abonan por tribunales complacientes la suma de 100,000 francos de honorarios en un activo de 600,000 francos. Otro se hace dar diez mil francos con un activo de 28,000. En Niza, un liquidador percibe 16,000 francos siendo que el activo era nulo, etc.

Pero estas sumas engullidas por los liquidadores i sus protejidos son poca cosa al lado de los beneficios colosales realizados por industriales que se presentaban en calidad de adquirentes, despues de adjudicaciones hechas sin publicidad i en los precisos momentos en que se encontraban ausentes los posibles compradores.

En la sesion del 14 de diciembre de 1909, M. de Villaine ha citado hechos típicos que no han podido ser desmentidos; ántes, por el contrario, se han multiplicado en proporciones inmensas.

Así, por ejemplo, l'Abbaye-aux-Bois fué vendido 2,600.000 francos a un personaje que obtuvo inmediatamente despues 8.000.000. Otro aficionado, de la misma calidad, i que andaba al acecho, se enriqueció con la adquisicion, a un precio tres veces inferior a su valor real, del convento des Oiseaux i sus dependencias.

Actualmente se tienen fundadas esperanzas en que continúe esta serie escandalosa. La propiedad del Sagrado Corazon representa 52,000 metros cuadrados. El mínimum es de 52,000.00 francos. Bien puede suponerse que las posturas no habrán de subir mucho, pues todos saben que detras de la adquisicion global, acecha un rentista listo para entrar en escena. No es difícil entónces prever que la puja definitiva no habrá de pasar de seis millones. En consecuencia, vais a vender a X..., por seis millones, es decir, sobre la base de 100 francos el metro, una propiedad que, por su situacion en Paris, vale a lo ménos 400 francos el metro.

Vais a entregar por seis millones—agreguemos todavía dos millones de gastos, o sea por un total de ocho millones—a una sociedad o a un individuo, una propiedad que vale, en el peor de los casos, veinte millones.

Interpelado de este modo, el presidente del Consejo se vió obligado a reconocer que la adjudicacion que tan enormes beneficios habria de producir, no habia sido regular.

Hé aquí cómo se espresó:

«La venta se fijó en pleno verano, a fines de julio, época poco propicia para las operaciones de esta índole. Por otra parte, el ministro de justicia ha comprobado que la adjudicacion no fué precedida de publicidad suficiente. A este respecto, ha hecho observaciones en estrados: el procurador de la República, opinando del mismo modo, presentó al tribunal civil del Sena conclusiones que éste aceptó, apreciándolas libremente.»

Bien conocidos son los enjuagues i complicidades que indignaron a la Cámara i que han hecho decir al propio ministro de Justicia en pleno Parlamento que probablemente habia síntomas de gangrena en nuestra organizacion judicial. Debido a esas corruptelas, la fábrica i la marca de la gran Cartuja, avaluadas oficialmente en ocho millones, se adjudicaron por 500,000 francos a los amigos de un liquidador. Se sabe igualmente que a pesar de haberse hecho valer poderosas influencias, i ante la jeneral indignacion que causaban estos latrocinios, fué menester encarcelar por robo de cinco millones a uno de los miembros de la siniestra partida que vivia a espensas de las riquezas de las congregaciones.

¿I los espropiados? Nadie pensó en ocuparse de ellos. La mayor parte de estos desgraciados cayeron en la mas atroz miseria. Algunos esperan en vano desde hace cinco años los escasos socorros prometidos por sus espoliadores, los cuales no se han atrevido a proponer que se les deje morir de hambre. Mui pronto olvidaron sus promesas, como puede juzgarse por el siguiente extracto de una carta que M. Briand, presidente del Consejo, dirijia en julio de 1908 a su colega de Instruccion Pública.

«Permítame agregarle que no puedo asumir hasta el fin del año la responsabilidad de dejar en la mas atroz miseria a las mujeres que, despues de haber obedecido a la lei, se ven privadas, por causa del Estado

mismo, de la indemnizacion alimenticia que esta lei pretendia asegurales».

Se han llevado a la Cámara, sin ser desmentidos, otros hechos que dan una tristísima idea acerca de la mentalidad de algunos lejisladores, i que nos hace pensar en la de Torquemada. ¿Si el socialismo triunfante continúa la serie de estos despojos, encontrarán esos hombres de Gobierno historiadores que se apiaden de su suerte? Confío en que no encontrarán a ninguno. No hai escusa que valga ni compasion que se tenga. Cuando se cometen semejantes espoliaciones para satisfacer solo las exigencias de unos cuantos fanáticos vocingleros.

Despues de haber citado a M. Briand, que hoi parece sentir remordimientos, i que en todo caso reconoce que el fanatismo estremado confina con la torpeza suma, doi un pasaje reproducido en el Oficial del discurso de un orador.

«Ultima pregunta capital que dirijo al señor Presidente del Consejo: ¿Quién, hoi dia, va a alimentar a esos relijiosos i relijiosas despojadas por vuestros liquidadores i cómo vais a subvenir a sus necesidades?

No tienen pension alguna, carecen de recursos! Actualmente, el director de Stanislas, un sacerdote de mas de sesenta años, no tiene ni un pedazo de pan i da lecciones para vivir. En seis ocasiones he solicitado una pension para este anciano!

Se han robado dos millones a esa casa, unida sin embargo a la Universidad, i en la cual los años de profesorado se contaban para la jubilacion.

I el que la dirijia vejeta en un sexto piso, despues de haber tendido inútilmente la mano i hecho valer sus años de servicios! ¿No es abominable?»

M. Jorje Beny.—«Comprendo vuestra indignacion i me asocio a ella.

—¿Quién proporcionará el pan a esos hermanos de las escuelas cristianas a quienes se les ha privado del dinero que les servia para instruir a los hijos del pueblo? No han encontrado gracia delante de vosotros, tampoco la encontrarán delante de vuestros liquidadores!

Conocemos ahora el primer aprovechamiento de los famosos mil millones de las congregaciones. Ya sabemos para qué han servido: para espulsar a santas doncellas, a jentes que no pedian otra cosa que hacer el bien, ser los sostenes de los desgraciados i los protectores de la infancia.

De modo que habeis espulsado, perseguido sin descanso, despojado, arruinado, haciéndoles la vida imposible en su patria, a los mejores de vosotros, ¿i con que objeto? Para permitir que algunos Duez se atasquen de dinero los bolsillos. Ah! señores, qué tristeza para nosotros, pero tambien qué responsabilidad para vosotros!»

No puedo reproducir aquí los artículos de justísimo enojo que esta

espropiacion, digna de los tiempos mas bárbaros, provocó en el mundo entero.

Me limitaré a citar las palabras de un gran personaje, candidato a la presidencia de la República de su país, i reproducidas en un diario brasileño, que está léjos de ser clerical.

«Francia, perseguida por el fantasma eterno del clericalismo, camina sin cesar de reaccion en reaccion, inquieta, agresiva, despótica. El siglo XX asiste con ella, bajo las apariencias de la libertad republicana, a un espantoso acceso de regalismo que ya ha desterrado del país a las congregaciones religiosas. En el seno de América reúnen los espatriados de la persecucion de ultramar, i las colectividades religiosas se desarrollan tranquilas, prósperas, fecundas, sin que la mas leve nube empañe su horizonte. Los prelados romanos i los miembros del Sagrado Colejio, en medio de la mas perfecta cordialidad, se sientan a la mesa del protestante Roosevelt.»

Ningun espíritu independiente podrá negar la perturbacion del sentido de la justicia i la desmoralizacion que encarna el embargo por el Estado de las propiedades privadas como la fábrica de la Gran Cartuja, perteneciente a una asociacion de individuos que la habia creado con sus capitales i su trabajo. Es algo monstruoso despojar de sus bienes a hombres que no tenian otro delito que profesar un credo religioso que no encuadraba con las ideas de los gobernantes que se mantenian en el poder.

Con semejante desprecio del derecho, ¿sobre qué base puede vivir una sociedad? Es ésta una renovacion de las edades bárbaras en que no existia otro derecho que el del mas fuerte.

Algunos diputados de la izquierda—mui pocos desgraciadamente—comienzan a reconocer cuán abominables son estas persecuciones religiosas que nos trasladan a la Edad Media. He aquí cómo se espresaba ante la Cámara uno de ellos, M. Labori:

«Una buena parte de la labor efectiva, desde hace veinte años, se ha reducido a una guerra religiosa, declarada o sorda, segun las circunstancias. El anticlericalismo, tal como se le entiende, no es ya la defensa del poder contra los avances i usurpaciones del clericalismo.

Invocando la tolerancia o la libertad de conciencia, magníficas palabras de las cuales nunca se ha abusado tanto, se trata de vejar a quien conserva una fé o una concepcion filosófica que no se participan. Me ha indignado i me indigna todavía la hipocresía de aquellos que quieren destruir las religiones, cuando ellos mismos o sus deudos observan los ritos en las circunstancias solemnes.

No corresponde al Estado procurar la unidad moral de la nacion con un ateismo oficial que aun los hombres que están en el poder no respetan cuando se trata de ellos. Harto hubo de sufrir Francia cuando Luis XIV quiso realizar esta unidad moral en la fé católica, para que el Estado re-

publicano tiene hoy día un esfuerzo análogo en nombre de no sé qué dogma materialista que no satisface en modo alguno, según mi opinión, a la razón.»

Las generaciones del porvenir habrán de juzgar seguramente las persecuciones religiosas de hoy día, el despojo del clero y de las órdenes monásticas, como nosotros juzgamos la Inquisición y la Revocación del Edicto de Nantes.

Por lo demás, nuestros gobernantes han invocado exactamente las mismas razones que Luis XIV: obtener la unidad moral y política del país. Las consecuencias de su obra serán tan nefastas como la de los edictos del gran rey.

\* \* \*

Una sola razón con apariencias científicas podía haberse invocado, no para justificar expropiaciones injustificables, sino para explicar la expulsión de las congregaciones. Estas últimas enseñaban teorías religiosas erróneas; luego propagaban errores. Era menester reemplazarlas por buenos profesores saturados de manuales científicos.

Son éstas concepciones de principiantes completamente extrañas a la evolución de la psicología moderna. Esta última ha enseñado, en efecto, que los dogmas no deben juzgarse según su valor racional, sino por los actos que inspiran. Importa poco, entonces, su grado de verdad o error. Sólo deben interesarnos las acciones provocadas por su influencia. En los Estados Unidos vemos nacer todos los días religiones nuevas, útiles como elementos de actividad, y por esto mismo, respetadas. La religión de los Mormones, por ejemplo, ha sido un beneficio para América, puesto que ha determinado la fundación de varios grandes centros prósperos en comarcas antes incultas.

Este punto de vista utilitario es prácticamente capital. Los libres pensadores al atacar los dogmas, con el pretexto de que son erróneos, no se dan cuenta del papel que desempeñan las religiones. Es evidente que bajo el punto de vista racional ellas no contienen sino escasos elementos de verdad. Sin embargo, la historia nos enseña que las civilizaciones más importantes se fundaron con el apoyo de las grandes creencias. Nos enseña también que la fe en los dogmas ha embellecido la existencia de millones de hombres, inspirando más que ninguna doctrina filosófica, abnegaciones incomparables, heroicos sacrificios, intenso altruismo. Las religiones constituyen una fuerza que debe utilizarse, y no destruirse. No debemos combatir a sus discípulos sino cuando éstos quieren atacar otras creencias.

Inspiradoras de infinitos anhelos, amparo de los débiles y de los des-

heredados de la suerte, las religiones fueron siempre el asilo de los seres a quienes el destino condenaba a sufrir. Únicamente ellas han podido mitigar el espantoso horror de la muerte. Consideremos como a grandes bienhechores de la humanidad a los soñadores que con su imaginación encantadora inventaron i glorificaron a los dioses.

Juzgadas por las obras que alentaron i sostuvieron, esas sombras augustas merecen toda la veneracion de los pensadores. La ciencia que las conoce mejor, renuncia a combatir las i proclama la grandeza de su papel. Esas sombras fueron en el pasado los elementos mas seguros de la estabilidad moral de los pueblos.

El futuro habrá sin duda de transformarlas, pero mientras en el alma humana aliente la esperanza, no podrán perecer.







# Ignacio Zuloaga

---

## Familia e Infancia

Durante varias jeneraciones los Zuloagas han sido artistas e industriales del tipo mas noble. Constituyen lo que se puede llamar una dinastia artistico- industrial. Don Blas, tatarabuelo de Ignacio, fué armero del Cuerpo de Guardias de Corps; su abuelo, Eusebio, grabador, armero i decorador, famoso en su dia, fué el verdadero organizador de la Armería Real de Madrid; i su padre, Plácido, el gran artista conocido de toda Europa. A Plácido Zuloaga, discípulo de su padre i de Lienard, se debe que saliera del olvido el arte del damasquinado, i sus finísimas obras adornan la mayoría de los museos i de los Palacios Reales de Europa. Fué amigo de Carpeaux i de Bayre. Estudió durante mucho tiempo en Paris i Dresde, demostró gran habilidad en todos los ramos de la ornamentacion: en bajo relieve, en grabado, en incrustacion de oro i plata sobre acero, ademas de dibujar i modelar con maestría. El hermano de Plácido, Daniel, es el director de la interesantísima fábrica de cerámica de Segovia, i los otros hermanos se han dedicado con éxito a las artes plásticas.

Con estas tendencias de familia, era inevitable que Ignacio se inclinara hácia el arte en una forma u otra; acostumbrado desde su niñez a un esfuerzo productor, fuerte, consciente i práctico, templado siempre por el celoso culto del pasado. A pesar de su alta posicion en el mundo artístico, Plácido Zuloaga no era rico, i con el instinto práctico i sano de su raza, deseaba que su hijo siguiera una carrera mas lucrativa. Este padre artista i de carácter entero, tipo moderno de Cellini, decidió primero, que su hijo se preparara para los negocios, luego que estudiara para ingeniero i últimamente transijió con la arquitectura. Pero el jóven Ignacio, tenia tambien opiniones i se rebeló contra su padre, que le castigó encerrándole en el taller, para que aprendiera como sus antecesores los intrincados secretos de la ornamentacion sobre metal. Por aquella época, Eibar, su pueblo natal, conquistaba rápidamente la fama de Toledo del Norte, i en todas sus casas se oia de continuo el zumbido del volante i el ruido de la fragua. Con insistencia i tenacidad, Ignacio trabajó como un hombre, hasta ganarse la vida con la atencion de los ojos i el esfuerzo de las manos. Su vida por aquel entónces era la de un aprendiz cualquiera.

A punto estuvo de que Ignacio Zuloaga se quedara en Eibar i andando el tiempo reemplazase a su padre en la fábrica. Pero el azar de un viaje a Madrid, en donde vió por la primera vez los incomparables tesoros del

Prado, hizo que lo dormido durante tanto tiempo despertara de repente, e Ignacio se sintió arrastrado hácia la pintura. Sin alentar en lo mas mínimo sus ambiciones, su padre le compró los materiales indispensables; i el artista en embrion fué recorriendo Museos, i sin preparacion alguna, produjo una copia admirable de uno de los cuadros del aristocrático Greco, que representaba a un noble, vestido de negro. El instinto le habia dirigido al corazon de la pintura española.

Desde el primer momento se identificó con todo lo mejor i lo mas característico que existia en el arte de su pais, i los cambios ulteriores de escena no le han hecho desviar el camino.

Sin embargo, a pesar de sus pruebas precoces de habilidad, ni Plácido Zuloaga, ni su mujer, deseaban que su hijo se lanzase a una carrera artística. Ridicularizaron sus primeros esfuerzos, i miraron con malos ojos sus ambiciones. Él, al contrario, insistia en su resolucion i no fué sin luchas como logró ir a Roma. Entónces tenia Ignacio diez i ocho años, i de allí en adelante resolvió vivir de sus escasos recursos, aumentados afortunadamente, con la pequeña ayuda que su madre le enviaba a escondidas.

Su viaje, a Roma, siguiendo las huellas de Fortuny, Villegas i otros pintores españoles, fué un error artístico, pues que se sintió estéril ante la sombra abrumadora de Rafael i Miguel Anjel. Despues de vacilar durante algunos meses, i de sufrir el paludismo académico, volvió juiciosamente los ojos a Paris.....

CHRISTIAN BRINTON.

### Incertidumbres de los veinte años

«Llegaba de Roma Zuloaga, i llegaba con el entusiasmo de sus apenas veinte años, alto, robusto, cuadrado, como esos campesinos de su patria, i con un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no habia términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos o grandes héroes, demonios o santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego o para llevarlos al Louvre; al dar la mano, o daba el alma con ella, o recibia a los hombres sin una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existia la sonrisa; reía a carcajadas o cruzaba el entrecejo; en pintura fueron i son las medias tintas su continuado tormento; gritaba o callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta.

Llegaba entónces influido de lo malo de la moderna escuela española,

con todo el fardo de casacones que habia visto i la guardarropía de una pintura de trajes desteñidos i sudados; llegaba henchido de esperanzas i ambicion de trabajar; ansioso de hallar un camino adecuado a su gran temperamento, febril de entusiasmo por su arte, al que quiere con la emocion de un ardiente corazon enamorado... i allí en su Montmartre, para vivir en silencio, para trabajar en la sombra esperando la claridad, alquiló un estudio con vistas al cementerio, rodeóse de soledad, quedóse solo con su pintura, haciéndole la corte a todas las horas del dia, i soñándola por la noche, i tomó un criado loco de estrañísima locura.

Pedro, que así se llamaba el criado, no reconocia mas que a Pí Margall como hombre i al maniquí como mujer de quien estaba enamorado como un loco. «Tu sola—le decia arrodillándose delante de aquel trasto de madera que consideraba su ídolo,—tú sola mereces el nombre de mujer en este mundo; tú eres de madera i trapo, pero tienes el corazon de oro puro. En tus oídos no entran las blasfemias de los hombres, ni brota de tu boca la falsedad ni el engaño. Pí Margall (añadía llorando a lágrima viva), tú que todo lo puedes, conserva la pureza de este astro; no la dejes caer en el fango que nos rodea; bien sabes que ella i tú sois mis dos únicos consuelos».

Este sermón repetido a lo infinito, oíalo Zuloaga todo el dia con una voz quejumbrosa; i pintaba encerrado con el loco, preguntándose muchas veces a si mismo si el arte no era tambien otra clase de locura, como tantas locuras existen de hombres que andan sueltos por la tierra... si aquella pintura idolatrada no era como el maniquí, un ser inmóvil, cuya vida tenía la que hacer brotar el pobre artista, i si el hombre era capaz de lanzar sobre la frialdad de la tela, un átomo tan sólo de la luz, de aquella radiante luz, esparcida en el espacio. Por todos lados no veia mas que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu; bregando con la miseria para seguir adelante con la antorcha de la fé; atizando la inspiracion en el cráneo i buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa a todos al llegar a este Paris de lucha; tanta escuela, tanto refinamiento en las ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo propio, le tenian mareado. Él, sombrío de temperamento, se aturdió ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las sutilidades de acuarelas japonesas, los refinamientos de misticismos decadentes; él, forjado, de un solo enérgico trazo, no podia comprender a las ánimas del purgatorio del sueño, los tristes visionarios de la línea, los sutiles, buscadores de la infinita armonia, i andaba de tela en tela, preguntándose tristemente qué camino era el bueno entre tanto barullo, tantas voces i tanto arte i talento gastado, en este *cerebro* ardiente, que se llama el gran Paris.

Probó diversas maneras, tanteos de un alma que duda i quiere i le falta una fé que le convenza; estremó el procedimiento en pos de la fuerza

del color, forzó la línea subrayando el carácter del dibujo, divagando entre tantas tendencias diferentes, hasta que un día contemplando las copias fotográficas de los grandes maestros españoles, vió en su ejemplo la augusta línea de conducta que se amoldaba a sus sombríos sentimientos, i fijó el plan de sus futuros estudios con la rápida convicción del que ve abrirsele de par en par las puertas de la esperanza.» .....

.....

SANTIAGO RUSIÑOL.

### La pintura española en Italia

En el primer certámen internacional de Venecia se vió de manera indubitable a qué grado tan bajo habia caido la pintura española, en manos de la turba de descendientes de Fortuny, talento esquisito, pero deplorable jefe de escuela, i artista inimitable.

¡Quién hubiera dicho ántes de 1877 que la técnica artificiosa i la pobreza intelectual de la escuela española de Roma, que tan perjudicial fué a muchos italianos, acabaria por hacerse patente a todos!

Débase al noble idealismo de algunos pintores ingleses, al naturalismo de los escandinavos i holandeses, el que por fin nuestro público haya caido en la cuenta de cuán falso era el jénero de los pintores españoles, virtuosos trabajando entre cuatro paredes, con todos los antiguos prejuicios i sin preocuparse para nada del pensamiento ni de la emociion producida por el modelo.

Desolados por tal estado, que tan desastroso fué para el gusto del público i para nuestros pintores, algunos de nosotros quisimos ver si habia en España alguien que pudiera intentar la rehabilitacion del arte jenuino español, naufragado hacia treinta años. Una respuesta afirmativa vino primero con Sorolla, perspicaz observador de la naturaleza, con habilidad especial para fijar en la tela los efectos de sol, pero la afirmacion realmente triunfal la dió Ignacio Zuloaga.

La aparicion en la 5.º Exposicion de Venecia, de este vigoroso pintor fué una sorpresa i una revelacion para el público italiano. Chocó al primer momento lo que hai de rudo i hasta brutal en su arte, pero dejóse pronto conquistar por su realismo que avasalla i su poderosa orijinalidad. Lo mismo habia ántes ocurrido en 1896 con el público frances i en 1900 con el belga i aún no hace 2 años con el aleman.

No tiene siempre Zuloaga la virtud de agradar, mas los que no llegan a simpatizar con su especial vision siempre objetiva de los tipos i de esce-

nas a veces triviales i crueles, no pueden ménos de admirar aquellas telas de carácter tan español i de reconocer que con él vuelve la gran tradicion de los Zurbaran, Velazquez i Goya.

Desdeñando la gracia superficial i mezquina, que fué la única preocupacion i la ruina de la pintura española de la última mitad del siglo pasado, se atiende Zuloaga a la *realidad verdadera* i al carácter espresivo. Toma sus modelos en las clases mas bajas de Madrid o Sevilla i especialmente en los lugarejos del centro donde el tipo se conserva con mas pureza.

Hace aparecer en la criatura humana el ser instintivo encubierto por los apetitos sensuales i las facciones del rostro. Bailadoras de mecánica sonrisa, muchachas de precoz lujuria, prostituídas, repintadas, toreros embrutecidos por la sangre, pordioseros acostumbrados al engaño i a la hipocresia, serenos que mas parecen cómplices que perseguidores de ladrones; estos son sus modelos favoritos, a estos evoca su pincel violento. Los colores de matices sombríos muchas veces, aunque de luminosos grises, son casi siempre estridentes. La línea es cortante i el modelado poderoso, aunándose ámbos para hacer resaltar lo que hai de sensual i de brutal en las actitudes, lo falso i simulado en las fisonomias. Así es como produce una impresion de realidad a la que pocos pintores han llegado en nuestros dias, i nos hace conocer una España violenta i concentrada, negra por completo, diferente de la España de ópera-cómica a qué nuestros ojos estaban hasta ahora acostumbrados.....

VITTORIO PICA.



De ERNESTO A. GUZMAN

## “Por los caminos”

(Poesías de Carlos A. Mondaca)

---

Si uno pudiera haber andado paso a paso «Por los caminos» de los otros, deteniéndose donde ellos se detenían, acelerando el andar donde así lo hicieron, hubiera también asistido al nacimiento de sus visiones, a las sacudidas de sus angustias i de sus pensamientos. Habría estado cerca de su carne atormentada o en quietud, i habría sentido, con mayor precisión, el calor e intensidad de sus sensaciones. Sumergido en el ambiente que rodeó i jeneró sus retazos de vida, casi viviéndolos uno también, se podría tener el «momento» con la misma intensidad con que el otro, cuando se paró en el camino sobrecojido por el peso que llegaba. I entonces justipreciaríamos sobre si aquello valía la pena de detenerse, i si las palabras sangraban ese estado. Pero si los senderos son tan numerosos como los hombres—acaso sería mejor decir que cada uno de nosotros es un sendero por donde transita el mundo—resulta que pensamos el ajeno sólo cuando logra echar un poco de la tierra levantada sobre el nuestro, cuando aquél se hace de bulto por el roce con el propio. El ser u objeto que ahí llamó la atención, destacándose sobre la quebrada inmensidad del campo vivido, sólo puede despertarnos si se ve también desde nuestro plano. Es así como podemos hablar de una obra i decir sinceramente si a su lectura algo se movió dentro de nosotros.

He ido sin esfuerzo por las páginas de este libro de Mondaca, sin propósito deliberado de escudriñar defectos ni descubrir bondades: he dejado que aquéllos i éstas salieran sencillamente a entorpecerme o a alivianarme la marcha, porque pienso que a un hombre bueno como él—uno de los cinco escritores sanos del terruño—debe uno corresponderle su elevación de vida con una palabra de verdad. Por eso no he tratado de evitármele con un elogio desmedido, en que le dé flamante compañía, ni con un artículo en que esponga yo la jénesis i la evolución de su sentimiento relijioso, considerado a través de sus poesías.

En «Por los caminos», libro descoyuntado, noto yo claramente dos autores distintos, uno de los cuales no es poeta para mí. Es éste el que busca los temas, el que persigue las ocasiones i se obstina en hallarlas, i que en esta porfiada requisa, desatentado por la autosujestión, escribe bajo el espejismo de lo forzado que se le presenta como la realidad, que no llega. Es entonces nada más que el *literato*, el que opta por el platillo fácil

del aplauso momentáneo i hace converjer el\* fiel de la balanza hácia la heterojénea multitud del Ateneo. Miéntras piensa en la brisa que ha de orearlo en vida, Mondaca no acierta. Es eso, el ansia del aplauso colectivo, lo que ha hecho pasar oleadas perturbadoras por el espíritu de este poeta, oleadas que, por desgracia, se han prolongado hasta mancharle éste hijo que hoi lanza al mundo. (I yo felicito hoi a Mondaca en la persona de los nuevos Directores ateneistas, porque su labor futura se apartará de aquel estímulo).

Es en esas composiciones, precisamente porque al hacerlas no se tomó él en cuenta, donde se notan las mas diversas influencias. Aquel público, empapado de ciertos autores, aun no lo suelta, i aquí veo al Mondaca antiguo, que no debió aparecer en «Por los caminos». Yo siento en esta parte al vacío i sonajero González («El centro»); hasta a Silva («Por los caminos» i «Las Cantinas»); i, mas léjos, al insoportable Bodelaire («El suburbio», larga descripcion sin mas granada espiga que ésta: «i el vientre flácido se pliega—como una negra tierra arada»). «El asno» i «El sapo» son de aquéllas en que resalta la necesidad de un tema, luego buscado con teson i explotado sin haberlos movido una sensacion intensa. «El reloj» no me da tampoco el desgarramiento de angustia que el manifiesto esfuerzo del autor reclama.

Aparece, despues, un autor pasajero. El de la poesía «Oracion. A la Vírjen», bella composicion en que el poeta canta a un símbolo en el cual no cree, es un Mondaca sentimental, transicion entre el estropeado i el nuevo.

En esta clase de trabajos, a veces el sentimiento sólo brota de la manera de terminar el verso, cuando no de la introduccion en la poesía de frases estrañas a ella. En «Los pianos viejos», percibo reminiscencias najerianas.

«Cansancio» es una poesía que responde perfectamente al dolor causado por la trisadura de una amable ilusion. Aquí el tema vino solo; llegó junto con la fuerte sensacion de desencanto.

I nótese, de paso, que este hombre, tan enamorado de la forma i del sonsonete de la rima, cae en varias desviaciones del pensamiento por la fuerza de aquélla. A menudo está desarrollando una idea, cuando ya la rima se la corta i lo hace pasar a otra que le desvirtúa la fuerza de la primera. Porque este Mondaca cree que la mitad de la poesía está en la forma, i no cree en la única poesía del concepto.

Sin embargo, su mismo libro no le da razon. Hai en el Mondaca último, en el poeta, en el bueno, una callada protesta contra el otro. Es protesta de belleza. Me refiero, sobre todo, a su poesía «Revelacion», en que el alma, poseída, aplastada del peso de la hora, deja que el tema llegue i la sensacion se abulte, rebase i llene las palabras: la poesía se le des-

parrama por dentro, i sin trabajo encuentra la frase que la exterioriza i nos la hace sentir. Aquí no se ha andado a caza de la espresion: ha nacido hecha, porque la concepcion era fruta madura que dejaba fluir sin presion el jugo que contenia, i ella iba

«pasando en la pureza de aquella hora,  
como la imájen de una vida nueva  
que surgiera en el prado i en mi alma».

¿No siente Mondaca cómo aquí, donde no hai manía de rima, está todo en fácil continuidad su pensamiento, sin desviaciones de compromiso formal? I yo tengo especial cariño por esta composicion, porque fué ella la que, en parte, me apartó antaño del Guzman i del Mondaca antiguos. Es cierto tambien que se nota demasiado en ella la influencia de Marquina, pero es ésta la influencia de un gran poeta sano, i Mondaca no debe sentirse pesaroso. Hai tambien mucho del poeta verdadero i definitivo en «Anunciacion», «Divagacion», «Amor», «Mi alma», «Beso», i «Muerte de don Quijote», poesia esta última que me recuerda vagamente la «Vida de don Quijote i Sancho» de Unamuno.

Cuando Mondaca ha vivido en estado de amor, ha vivido tambien en estado de poesia. I esto, ¿por qué? Porque el poeta, el hondo que él tenia ahogado bajo su prejuicio de la forma, se ha revelado i roto la presion que lo queria hacer morir. Véase cómo Mondaca ha sido poeta a pesar suyo, i cómo su sinceridad, la que acaso todavía no quiere sentir, lo ha vencido. ¿Pasará su afan de hacer forma? Sí. El mismo lo siente:

«Nuestra vida pasa!  
La gota  
va a hundirse en el alma del sol que la abrasa.  
Nuestra vida pasa.—La flor se deshoja!  
pero el fruto queda, como mancha roja  
cuando en otra vida la flor se deshoja!»

Yo le pediria que se dejara salir solamente cuando el tema se le impone, cuando pueda

«Sentir en el fondo de la entraña el grito  
de la especie entera!»



# BIBLIOGRAFÍA

---

## Libros extranjeros

Invitados por el amable Director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA a colaborar en la seccion bibliográfica, damos principio a nuestra tarea presentando al público estudioso, un ramillete de buenos libros aparecidos últimamente en el Viejo Mundo.

Para esta seccion contamos con un inmenso material bibliográfico que se recibe dia a dia en la Biblioteca del Instituto Nacional. Estas someras noticias no dudamos que serán de sumo interés para nuestros lectores, a quienes tendremos al tanto de las últimas novedades literarias que se publiquen en Alemania, Béljica, Francia, Inglaterra, Italia, etc.

ARTHUR BAUER.—*Essai sur les révolutions*. Paris, Giard et Brière, 1908.—303 páginas, 6 fr.

Obra de psicología política colectiva, como se la podia esperar del sabio profesor de filosofía, en que ha evitado, con talento sumo, caer en consideraciones políticas tendenciosas. El autor sienta en principio que las revoluciones obedecen a leyes que desempeñan los hechos históricos conocidos, i los espone con grande penetracion analítica. La obra se divide en tres partes: la *Fermentation*, la *Crise* i la *Renaissance*. Estos son, sin duda, los tres momentos del acto revolucionario i la realizacion del cambio violento del estado político (mas que social) de un pais. Su estudio da lugar a una serie de reflexiones inspiradas mas bien en el buen sentido que en la ciencia, i que, los que se ocupan de la política, estudiarán con interés.

LUCIE-FÉLIX FAURE GOYAU.—*La Vie et la mort des fées*. Essai d'histoire litteraire. Paris, Perrin, 1910.—430 páginas, 3 fr. 50.

Obra compleja i un poco singular. El sub-título: ensayo de historia literaria, se justifica por la erudicion del autor i la variedad de asuntos que se abordan en el libro. Una i otra cosa sobresalen en la serie de XIX capítulos de que consta.

La hechicería la estudia desde los tiempos mas remotos hasta los presentes, tanto en Francia como en Alemania, Inglaterra, Italia, etc. Por los términos mismos de la enumeracion de los capítulos, indican, como lo prueba el testo, la suficiencia científica de la señora Faure-Goyau i de que no se ha dedicado solamente a hacer una esposicion didáctica de historia literaria. El tema que ha escojido ha sido para ella motivo de reflexiones,

pensamientos, meditaciones, pinturas morales i poéticas, a las que se abandona con toda su alma i que colora su imaginacion con los diversos matices de los paises que visita i de los autores que estudia.

LE COMTE ALBERT DE MUN, *Combats d'hier et d'aujourd'hui (1900-1907)*, Paris, Lethielleux, 1910.—2 vols. 322 i 384 pájs.—8 fr.

Esta es una compilacion de numerosos artículos i algunos discursos pronunciados por el autor en estos últimos años, sobre las cuestiones religiosas i sociales que han ajitado la Francia. En el primer volumen se le ve sostener las escuelas libres, despues las congregaciones; en el segundo, continúa el combate despues de la situacion creada por la Separacion. Hai en estas pájinas mas de un punto que interesa directamente a la historia contemporánea, sobre todo la carta a la Asociacion de la Juventud Católica reunida en Congreso en Chalon-sur-Saône el 9 de Mayo de 1903.

M. LOUIS DELZONS, *Le meilleur amour*, Paris, Calmaun-Lévy.

En la «Revue des Deux Mondes» se da cuenta de esta novela en los siguientes términos: «Nuestros lectores aun tendrán presente en su imaginacion el desarrollo de esta obra para que nos creamos con derecho a repetírsela. El caso del doctor Bideau no es mui frecuente en la realidad; pero es interesante, orijinal i ha sido tratado por el autor de *Mascrans* con un vigor i franqueza poco comunes. El autor toma sus héroes de la media humanidad i se cuida mucho de idealizarlos: los buenos sentimientos e ideas jenerosas con que los adorna, como sucede en la realidad, los asocia a los defectos i a las debilidades de carácter; pero en esta ocasion la aventura es emocionante i M. Louis Delzons nos la cuenta con habilidad i talento, características que lo colocan en el rango de nuestros mejores novelistas».

J. REMEMBER.

### Libros nacionales

FIRMIN ROZ.—*L'énergie américaine (Evolution des Etats-Unis)*, un tomo en 8.º, 339 pájinas. — Paris, Ernest Flammarion, éditeur, Rue Racine 26.

He aquí un libro que reúne grandes verdades i grandes errores. Mientras se refiere a Estados Unidos, pais que estudia a grandes rasgos, revela un escritor de espíritu sagaz i amplio, pero tan pronto las emprende con la desconocida Sud América, las apreciaciones son a mas de confusas, falsas.

No hace mucho Ferri nos confesaba en sus conferencias la impresion

revuelta i amorfa con la que en Europa se confunde en uno sólo a los pueblos de esta parte del mundo.

Si esta obra publicada en la *Bibliothèque de Philosophie Scientifique* que dirige el doctor Gustave Le Bon, una de las mas selectas del mundo entero, estampa en su último capítulo varios errores capitales; qué de extraño tiene, pues, que allá sólo se nos estime como a pueblos bárbaros, en revcluciones perpétuas i empresas estúpidas i descabelladas?

Apesar de todo i acaso por lo dicho anteriormente, esta obra debe ser leida por todo el mundo i así estimarán mejor lo que puede representar para los pueblos de América del Sur una opinion que pesará en Europa.

GUSTAVE LE BON.—*La Psychologie Politique*. Por falta de espacio nos limitamos a anunciar esta obra digna del famoso filósofo. De ella damos en otra seccion el capítulo sobre «Las persecuciones religiosas en Francia.»

RAMON A. LAVAL.—*Cuentos Chilenos de Nunca Acabar*. Un tomo en 4.º: 44 páginas. Santiago de Chile; Imprenta Cervantes; Bandera 50; 1910. De venta en la Librería Hume i principales librerías.

No sólo los aficionados al folklore sentirán placer con la lectura de esta obra. Ella será un nacimiento de recuerdos para todos i cada uno de sus lectores chilenos. Allí se encuentran reunidos los cuentos que en las noches lejanas de nuestra infancia oímos mudos por la mas profunda atencion, de boca de esas pobres i bondadosas mujeres que forman las servidumbres de los hogares de los ricos i que faltas de toda ilustracion son las primeras (jironías de la vida!) que abren ante los ojos maravillados de todos los niños, el reino extraordinario de la fantasía.

Como el título de la obra lo indica, sólo se han considerado los cuentos llamados de pega o de engaño o aquellos otros que, cada vez que agregan un nuevo detalle al desarrollo, repiten la narracion desde su comienzo.

Cuenta este trabajo con veinticinco recopilaciones; pero falta, desgraciadamente, el índice, indispensable a toda obra.

RAMON A. LAVAL.—*Oraciones en salmos i conjuros del Pueblo Chileno comparados con los que se dicen en España*. Obra presentada al Congreso Científico Internacional Americano de Buenos Aires, en Julio de 1910. Un tomo en 4.º, 132 páginas. — Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, Bandera 50, 1910. De venta donde Hume i en las principales librerías.

Esta obra puede ser uno de los tantos i buenos documentos para aquellos que alguna vez quieran emprender el estudio difícilísimo de la psicología del pueblo chileno. Puede observarse fácilmente en la lectura de los doscientos trabajos de que consta mas o ménos esta obra, el carácter mecánico, inconsciente por lo tanto, de la comprension, mas especialmente

de la diccion religiosa i sobrenatural del pueblo, como asimismo la inconsecuencia de muchos i el fatalismo de casi todos.

Indice: I. *Oraciones* 1) Al Amanecer; 2) Las Alabanzas; 3) Al persignarse i levantarse; 4) Actos de contricion; 5) Otras oraciones a Jesucristo; 6) A la Vírjen Maria; 7) Al Anjel de la Guarda; 8) Al acostarse; 9) Varias; 10) Contra los fenómenos de la Naturaleza; 11) Acto de ofrecimiento. — II. *En salmos i otras fórmulas usadas por los niños*; III. *Conjuros*: 1 i 2 Las doce palabras redobladas; 3) Insultos al Malo, de las doce palabras redobladas; 4) Suplemento.

FERNANDO SANTIVAN.—*Ansia*, 1 volúmen de 399 pájinas. Imprenta Universitaria, Bandera 130.—Santiago de Chile, 1910. En venta en todas las librerías: \$ 3.

Hemos recibido esta interesante novela del autor de *Palpitaciones de vida* i nos proponemos dar en el próximo número, un juicio sobre ella.

